

La Esfera

5 Agosto 1916

Año III.—Núm. 136

ILUSTRACION MUNDIAL



ESTUDIO, cuadro original de Pedro Casas Abarca

ATENEO DE
BIBLIOTECA



Bañistas en la playa de Zoppot (Alemania), que puso de moda el Kronprinz antes de estallar la guerra

DE LA VIDA QUE PASA

¿Mar ó montaña?

LENTAMENTE, con la desesperante lentitud de las obras que solo mueven los apetitos de ganancia del interés particular, se va urbanizando la vecina Sierra de Guadarrama. Cada año, en este rincón, en este picacho, en esta umbría, en este pedregal, se alzan dos, tres ó cuatro hotelitos nuevos. Cuando pasamos en el tren hacia las ciudades del Norte, que nos llaman con la alegría de su mar bravío, de sus casinos, de su vida fastuosa, advertimos cada año estas minúsculas novedades. Entre los dos oasis del Pardo, con sus quejigales, y de San Rafael, cubierto de pinos hasta sus altas cumbres, se extendían las pedregosas ondulaciones calvas de la montaña, sin un árbol, cubiertas las escasas manchas de tierra vegetal por los grises y cárdenos matorros esteparios. El mismo Escorial, cuidado regiamente, con sus parques patrimoniales, está rodeado de picachos donde el granito desenterrado y lamido por las nieves y las lluvias, ofrece á los ojos el entristecido espectáculo de su desolación.

Hace años ya—más de dieciseis—se puso de moda en España hablar y escribir de la repoblación forestal. Eran estas retóricas la única compensación que se nos daba por los bosques admirables que en Cuba, y especialmente en Filipinas, habían pasado á otras manos. Pero entre nuestros encarecidos propósitos y nuestra acción, puso siempre el tiempo dilaciones perezosas. Y he aquí que en dieciseis años sólo el estímulo de unos resineros ó el mínimo antojo de unos particulares, ha sembrado de arbolado algunos trozos de esta sierra, que cuando Madrid era «castillo famoso que al rey moro alivia el miedo», se cubría con un espesísimo bosque de chopos, abetos, pinos, quejigos y madroños, entre los que se criaba el fiero oso, que ha venido á cobijarse en el escudo de la Corte.

Así, pues, perdidos los años en vano declamar, los madrileños no podemos tener voto en las vacilaciones con que los higienistas y los terapeutas se entretienen sin acertar á decidirse

entre el mar y la montaña, para lugar donde encontremos salud los quebrantados y los dolidos. Dónde hay más aire puro, dónde son más asimilables para nuestros pulmones y nuestra sangre los elementos de vida que nos robó la vida inquieta y la aglomeración malsana de la ciudad, son cosas que aún no sabemos á ciencia cierta. La playa, os dice un médico, y otro sonrírse incrédulo y os aconseja el pinar.

De esta difícil ciencia del veraneo, lo único que sabemos es que la playa incita á la alegría ruidosa, y que ha sido precisa una conmoción como la guerra actual, cruel, tenaz, implacable é infatigable, para que de Ostende á Biarritz se interrumpa aquella bacanal moderna... Sabemos también que, á falta de playa, Madrid pudiera tener los más apacibles y encantados lugares de recreo veraniego, si toda la sierra hubiese sido repoblada de árboles, si el Ministerio de Fomento y el mismo Ayuntamiento madrileño, hubieran realizado esta labor de cultura y de enriquecimiento.

Dejar á la iniciativa particular que concluya esta obra, es aplazarla para sabe Dios cuántos años. Con la misma lentitud que hasta aquí, cada año, en este rincón, en este pedregal, en este picacho, en esta umbría, se alzarán dos, tres ó cuatro hotelitos rodeados de media docena de acacias raquíticas. No; es preciso realizar un gran esfuerzo en muy poco tiempo y llenar de arbolado, no sólo la sierra, sino los amplios valles que se abren ante Cercedilla y ante el Escorial. Acaso el Círculo de la Unión Mercantil debiera tomar esta iniciativa y constituir una Sociedad anónima de colonización del Guadarrama. Sería entonces posible que el Estado y el Ayuntamiento se prestasen á ser aliados de la empresa dando dinero, cediendo terrenos, facilitando arbolado, enviando sus ingenieros.

No colonias escolares, que apenas llegan á estar formadas por quinientos chiquillos, sino los cien mil niños que en Madrid hay y pasan el invierno reclusos en pisos estrechos y oscuros

y en la escuela malsana, debieran tener en la sierra unos meses de tonificación y purificación, viviendo al aire libre, respirando bajo los pinos que apenas dejan llegar á la tierra los rayos del sol. Y para esto, nada de edificios suntuosos, sino pabellones desmontables, casetas de madera que podrían recogerse al llegar el invierno. ¿Dónde podrían hacerse escuelas-bosque que se pareciesen á éstas? ¿Dónde el maestro podría dar mejor sus lecciones de cosas, esta alta ciencia de realidades, y dónde enseñaría mejor á los niños á amar la Naturaleza?

Retendría así, además, el comercio de Madrid, cerca de la corte, ya que no en el circuito de la capital misma, gran parte de la gente que hoy se va á veranear á las playas del Norte; se realizaría aquel ensueño de Eusebio Blasco de que Madrid no dilapidase en el verano las escasas fuerzas económicas que acumula durante el invierno. Mientras los médicos discuten si el aire es más puro en el mar que en la montaña, y si los elementos de vida que contiene son más asimilables en la playa que en la cercanía de las nubes, nosotros, madrileños, debiéramos hacer posible el grato y salúfero veraneo de todos con el único elemento que da á Madrid su situación topográfica. De nuestro Ayuntamiento—digno engendro del régimen de caciquerías que gobierna á España—, no puede esperarse cosa mayor que la exhibición de unas cupletistas en el Retiro. Acaso el Círculo de la Unión Mercantil, acaso la Academia de Medicina ó la Sociedad de Higiene, pudieran iniciar esta urgente empresa de construir un Madrid de verano, donde les fuera posible residir una quincena, por lo menos, á las familias de los más humildes menestrales... Quedaríanse allá, para los desocupados, los ricos y los inútiles, las playas lujosas de San Sebastián y Santander, y las fastuosas de Biarritz y Ostende, donde Europa reanudaré sus bacanales al día siguiente de terminar la guerra...

DIONISIO PÉREZ

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

XI

Los días que pasé en Ansó fueron para mí muy gratos, y además, grandemente instructivos. Los conocimientos que adquirí, pormenores y rarezas que observé tocantes á la vida social española, eran para mí un precioso caudal que no cambiara por las riquezas que el minero extrae de las entrañas de la tierra. Yo no paraba en todo el día; de las calles sombrías pasaba gozoso al campo, donde entre variados cultivos predominaban las patatas y el lino. Noté que el trabajo campesino estaba en manos de mujeres, pues para el hombre se reservaban en aquel país las rudas fatigas y los peligros del contrabando.

Las casas de Ansó son de piedra y muy altas. En los pisos superiores, debajo de las tejas ó de las pizarras, están las cocinas; á ésta siguen siempre de lo alto á lo bajo, las habitaciones vivideras. Alcoba, comedor, etc., y en lo más hondo, al nivel de la calle, los graneros y almacenes. Las ansotanas son tan trabajadoras en el campo y en la casa, que no se las ve descansar ni un momento. Ellas lavan, planchan, hilan y traen agua de la fuente en grandes herradas. Algunas jovencillas vi cargando en la cabeza con prodigiosos equilibrios dos herradas, una sobre otra, y avanzaban risueñas cantando coplas y bromeando con los transeuntes.

Merecen las ansotanas un galardón nacional por el hecho inaudito de conservar su traje arcaico, renegando del caprichoso vaivén de las modas. Se visten por el patrón de los siglos xiv ó xv. La basquiña verde es en verdad una prenda elegantísima de largos pliegues que dan al cuerpo cierta prestancia señorial. Los manguitos abiertos por el codo y los hombros aumentan la gallardía de la figura, y los pendientes y collares con que se adornan, así como las chátaras de su calzado, completan el airoso conjunto. Para poder apreciar en todo su esplendor las bellezas ansotanas, hay que verlas en días de gala, cuando adornan su seno con graciosos colgajos de filigranas de oro y ciñen su cabeza con pañuelos cuyo color y forma varían según edad y estado de las hembras. Según lo que vi en aquellos días, no lleva traza de terminar el uso de la vestimenta arcaica. Las únicas mujeres que visten conforme á lo que llaman moda, son las que pertenecen á familias de carabíneros.

Tuve la dicha de que mi amigo me alojara en la casa de un señor que era uno de los más pudientes y apersonado del pueblo. Tratábanos á cuerpo de rey, sirviéndonos suculentas comidas. Otro detalle de las costumbres medioevales de aquel país, era que las mujeres nos servían en el comedor y ellas comían en la cocina... Pasados no sé cuantos días en aquella deliciosa ociosidad, partí para volverme á Madrid. Mi amigo me llevó en su coche desde Ansó á la Canal de Verdún, donde tomé la diligencia que diariamente hacía el trayecto desde Jaca á Pamplona. Llevaba yo un recuerdo gratisimo del vecindario ansotano y singularmente de la generosa familia que me había dado hospitalidad, col-



FRANCISCO NAVARRO LEDESMA

mándome de finas atenciones. En el largo camino no cesaba yo de pensar en mis *Condenados*, entreteniéndome en modelar las figuras de *Salomé*, *Santamona*, *José León* y *Paternoy*. Y esto lo imaginaba sin perder el compás de la rondalla que el mayoral cantaba con voz clara y perfecta entonación. De tal modo se fundían y compenetraban

mis *Condenados* y la rondalla, que cuando estrené la obra en Madrid la música y mi drama reaparecieron en dulce maridaje.

Pernoctamos en Tiermas, pueblo de baños, y á la mañana siguiente pasamos el río Aragón por Sádaba y seguimos nuestro camino oyendo siempre la cantinela del mayoral. A media mañana llegué á Pamplona. Mi primer cuidado fué dar un vistazo á la Catedral, que interiormente es gótica, muy bella y contiene sepulcros y altares de indudable valor artístico. El exterior, reconstruido en el siglo xviii, es un armatoste greco-romano de un harto vulgar y desaborido. Recorrí luego algunas calles, la plaza y el paseo de la Taconera... Y ahora, ninfa mía, ayúdame á poner la debida exactitud en mis recuerdos. ¿Conocí yo al infatigable y honrado propagandista Basilio Lacort en aquel mi primer viaje á Pamplona ó en los que después hicimos en días posteriores? Mi fiel, aunque voluble Memoria, frunció el entrecejo, meneó la cabecita y me dijo: «Hablaste largamente con Basilio Lacort, con D. Antero Goñi y con Viñas, que fué alcalde de este pueblo. Retengo los hechos; pero en las fechas ya sabes que soy poco fuerte... Tus estudios históricos y geográficos para armar el complejo tinglado de los *Episodios Nacionales*, te traerán más de una vez á estas tierras... Y ahora no te detengas aquí. Volvamos á Madrid, maestro mío, que tenemos que salir para Cádiz y allí embarcarte para tu país natal, Las Palmas.»

A este recuerdo que hizo la Ninfa de mis obligaciones, siguió una breve disputa. Como yo le dijera que se preparase para ir conmigo á las Afortunadas, la ninfa soltó la risa y con la risa este definitivo argumento: «Para tu servicio en tierras canarias, tienes á mi madre que allá te espera luminosa y diligente. De allá me tragiste tú muy niña y en España me crié auxiliándote con mi vivacidad, no exenta de travesuras.» Acentif yo á estas discretas razones añadiendo que tanto apreciaba á la hija como á la madre, que mi mayor gusto sería valerme de las dos, la hija y la madre, en las andanzas de esta fatigosa existencia.

Partimos para Madrid, y el viaje á Canarias quedó aplazado para cuando se pudieran reunir y concertar mis dos Memorias, la isleña y la continental, fusión necesaria para tan arduo empeño. De Madrid pasé á Santander, donde estaba construyendo el Hotel que poseo en el Paseo de la Magdalena. Aunque el edificio no estaba completamente terminado, allí vivía yo con mi familia y allí puse término á mi drama *Los Condenados*. Al propio tiempo que publicaba *Torquemada* y *San Pedro*, trasladé á Madrid mi asendereada persona, para ocuparme en los ensayos de la obra cuya gestación me había llevado al pintoresco valle de Ansó. La compañía de la Comedia, dirigida siempre por Emilio Mario, no pudo sustraerse á la fiebre de mudanza que es el mal endémico de los cómicos españoles. Abandonó el cotarro María Guerrero, que quiso formar rancho aparte en el teatro de la Princesa. La restante compañía de Mario, cubriendo la baja de María Guerrero con la ilustre actriz Carmen Cobeña, siguió como estaba. Ensayamos con todo el esmero posible *Los Condenados* y el estreno fué á principios de Diciembre. Desde las primeras escenas, parte del público dió en meterse con la obra de una manera tan grosera, que claramente se veía la confabulación y el designio de reventar la obra. Amigos míos de incondicional adhesión, habían notado entre los curiosos que asistían á los últimos ensayos, un cierto secreteo y tacto de codos que delataban la conspiración. Descuidado yo de estas miserias por mi candorosa ignorancia del recóndito mecanismo teatral, no presté atención á lo que me dijeron mis amigos, y afronté el estreno tragándome las amarguras de aquella luctuosa noche. Y no se hundieron *Los Condenados* por deficiencia en la ejecución, pues todos los intérpretes cumplieron como debían. Carmen Cobeña estuvo admirable en *Salomé*; Conchita Ruiz, que era entonces una jovencilla, caracterizó de una manera perfecta la viejísima *Santamona*. El mismo

elogio debo hacer de Thuillier, Cepillo, Cirera, Balaguer, Rosa, Tovar, Urquijo y demás artistas.

Rechazada la obra por artes aviesas, los críticos, con raras excepciones, se pasaron al enemigo. Yo creí de mi deber protestar de lo que me parecía tan violento como injusto. Al presenciar el entierro de *Los Condenados*, les canté un responso en el prólogo



DR. D. MANUEL TOLOSA LATOUR

de la edición que publiqué á los pocos días del estreno. Creyeron algunos que había estado yo bastante duro en el recorrido que dí á los críticos; pero no me pesa de ello. Las voces de ira y despecho con que fué contestado, confirmáronme en la razón que tuve para revolverme contra la brutal sentencia. Pregunto á mi ninfa dónde escribí yo el prólogo de *Los Condenados*, y ella diligente y gozosa me contesta: «Esa terrible catilinaria la escribiste, maestro mío, en la casa de tu amigo Manolo Tolosa Latour, donde amenudo ibas á comer.» En efecto, con Manolo Tolosa Latour, á quien llamábamos familiarmente el Doctor Fausto, me unía desde tiempo inmemorial una amistad cordialísima. Renombrado médico de la niñez, curábame también á mí en las indisposiciones infantiles que á las veces padecía yo. El y su ilustre esposa Elisa Mendoza, que había sido la primera actriz de su tiempo, eran los primeros asistentes á mis estrenos y salían del teatro con las manos doloridas de tanto aplaudirme. Como deseo consignar en estas Memorias las amistades que me han favorecido con su cariño en el dilatado curso de mi existencia laboriosa, inauguro esta galería de amigos con Tolosa Latour, que fué de los primeros en mi conocimiento y aún vive para satisfacción mía y bien de la Humanidad.

Otro amigo que en las luchas del teatro se ponía de parte mía con verdadero frenesí era Paco Navarro Ledesma, á quien conocí en el estreno de *Realidad*. Nuestras cordiales relaciones fueron intensas y cortas, pues la vida de aquel brillante escritor se extinguió en plena mocedad, dejando acá la monumental obra *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* y multitud de trabajos literarios de sabrosa crítica y polémica.

Otro amigo mío que rompió lanzas defendiendo bravamente mis ensayos teatrales fué Antonio Martínez y Ruiz de Linares, tan distinguido en su profesión militar como en las campañas periodísticas que le acreditaron de verdadero maestro en el arte de escribir. No necesito decir cuánto me desconsoló su muerte, acaecida en la madurez de la edad. Ruiz de Linares y Navarro Ledesma partieron de este mundo con poca diferencia de tiempo... En páginas sucesivas de estas Memorias seguiré presentando á mis lectores la galería de personas ilustres, así españoles como extranjeros, vivos ó muertos, que me han honrado con su amistad, y al publicar sus nombres daré á conocer los retratos que pueda conseguir.

Cierro el proceso de *Los Condenados*, adelantándome veinte años en esta relación, para consignar que en la primavera de 1914 tuvo Federico Oliver, director y empresario del teatro Español, la feliz idea de ofrecer á su público la revisión del drama malogrado en 1894. En este segundo estreno no se hizo la menor alteración en el texto de la obra. El éxito fué extremadamente lisonjero. Los tiempos ruedan, los públicos cambian y las obras de teatro mueren ó resucitan... cuando Dios quiere.

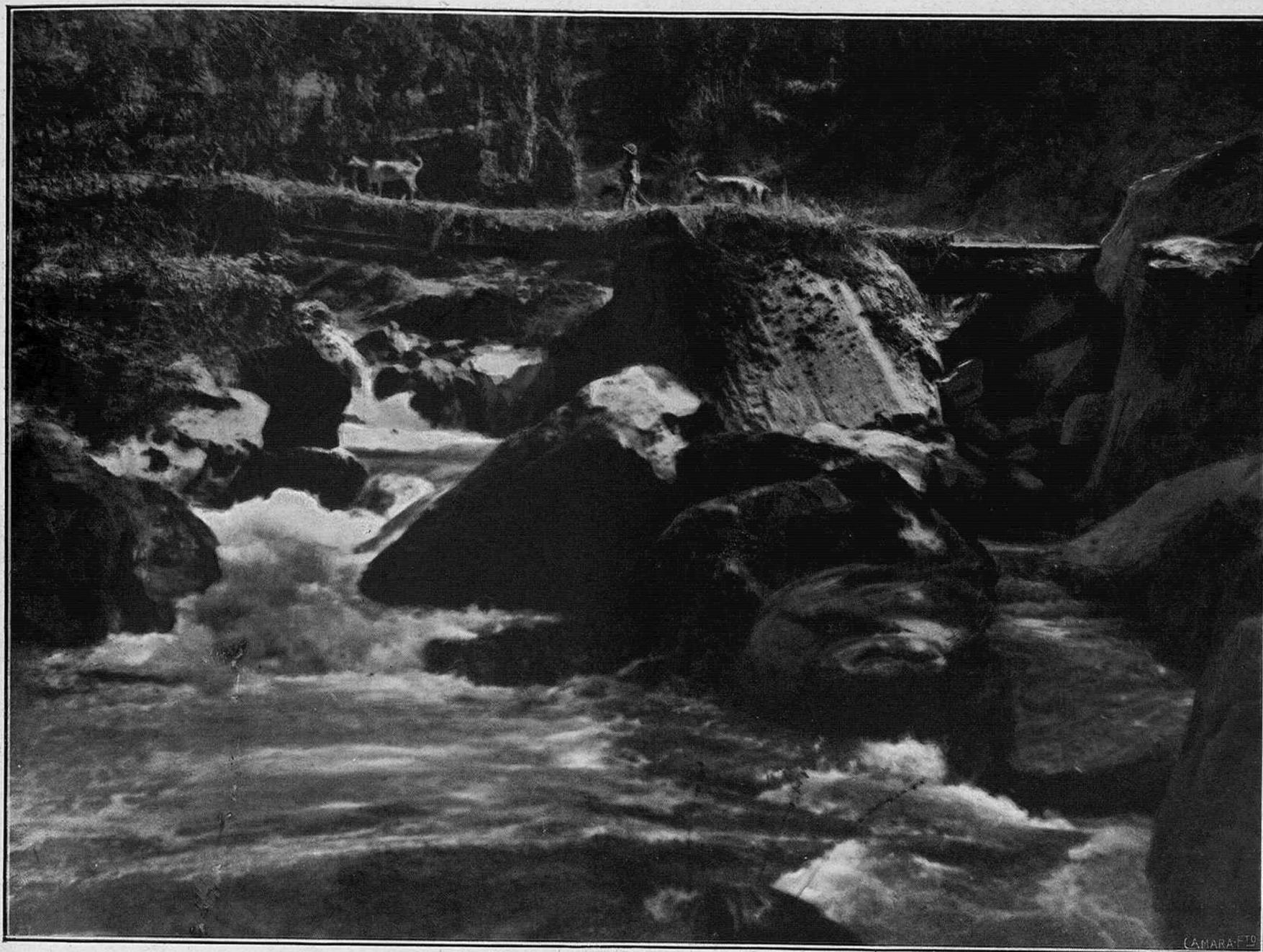
B. PÉREZ GALDÓS



LA ESFERA
ARTE MODERNO



LA HORA DEL TE, cuadro de Pedro Casas Abarca



AGUA QUE CORRE

HONDA, retorcida, sinuosa, es la torrentera donde las piedras desprendidas de los taludes y el ímpetu loco del agua mantienen un diálogo milenario que llena de señorío los aires.

¿Desde qué umbrío rincón viene tronando este agua salvaje, deshecha en flecos irisados, en remolinos hirvientes, en vellones de espuma, en meandros luminosos?...

Allá lejos, tal vez era un borboteo manso, oculto bajo las ramas del helecho. Nadie sospechó nunca su presencia. El agua, filtrándose fainadamente, caía y caía por la falda del monte en cien hilos lustrosos; después el azar trenzaba estas hebras, que iban fundiéndose en una, y el agua, alentada por los primeros obstáculos, empezaba á ser brío, plata y majestad. El suspiro de la gota, el titileo fugacísimo, ascendía al rango de murmullo, de llama. Ante el avasallador ímpetu de la cascada, el terreno, dócil, cedía, y de este modo, naciendo una belleza en el paisaje, metafóricamente se consumaba un ejemplo. La arrogancia coincidía con la mansedumbre. Triunfadora definitiva el agua, torrente ya, es fragor, espanto, vesania. Todo el contorno se estremece de júbilo ó de pavor. El agua corre tumultuosamente bravía, desbocada, frenética, sin importarle á dónde va á estrellarse un momento, ni en qué remanso de la orilla se deja, todo tembloroso, un jirón de paz. Su imperio es prisa y su poder ceguera. Por los aires esparce el ronco trueno de su voz. Nada le detiene. Rueda, rueda y rueda siempre, en interminable cabalgada de espuma; monstruosa serpiente de nácar que se desliza ágilmente entre dos montañas, tal es su vértigo que, á veces, parece trocarse en humo y á veces en claridad.

En el profundo cauce, las piedras desprendidas del monte yacen, resistiendo la turbulencia de la corriente; pero algunas se marchan arrastradas por ella. Dijérase que el suceso no depende del tamaño de la roca, sino de la invencible sugestión del agua. Pero entre lo que se va y lo que permanece, entre el granito y la onda, surge un diálogo extraño que muchos soñadores creen percibir por la noche, cuando el aire húmedo adquiere su suavidad suprema de terciopelo.

Y la piedra, inmóvil, dice entonces al agua: —¿A dónde vas, ilusa? ¿Qué estrépito es el tuyo? ¿Por qué esa prisa que no te permite ni guardar en tu seno el oro de las estréllas, suntuoso recuerdo de esta noche de paz?...

—Déjame—responde el agua—; ¿crees que vas á embaucarme con tu cobardía?... Habría de ser mayor mi impaciencia y nunca dejaría yo de mostrarme gentil con mi buena amiga la noche, devolviéndole centuplicada su pedería. Ten presente además, envidiosuela, que la noche sigue con cariño el curso de mi aventura, y que si muchas luminarias tienen los cielos del estío, muchas noches henchidas de belleza tiene la Eternidad...

—Palabrería lírica y embustera con la que tratas de disimular tu atolondramiento. Canto no te falta. Si tu voz áspera pudiera tener la clara dulzura del ruiñeñor, tu vanidad sería insportable.

—Con todo, basta para hacer evidente tu ruindad. Tú—añade con orgullo el agua corriente—eres estancamiento, pasividad, obstáculo. Te enoja mi algarabía de liberta; mi juventud te hace daño. Vengo, generosa, visitando de limos y de pompas tu desnudez y me lo agradezco increpándome

—Soy la razón, tu acicate y tu vanidad. Sin mí no tendrías ni esas espumas ni esa voz que te embellecen.

—Tú serás la razón, pero yo soy la gracia, la agilidad, la fantasía. Cédeme el paso.

—¿Para que te estrelles de una vez y acabes á mi capricho?

—Pera seguir cantando

—¡Loca!

—Déjame en paz, ruñ. Tu oposición es despecho. ¿Qué puedes, en suma, contra mí? ¿No ves cómo me burlo de ti, cómo acreces mi vigor, cómo despiertas y haces definitivamente loca mi locura?... Llevo en mí una fuerza más positiva que la tuya, porque si puedo parecer, acosada por vosotros, escollos, la imagen de la Voluntad, también simbolizo el Bien. A mis lados, escoltándome, van la belleza, que se torna en prados y alamedas, la fecundidad que asegura, con las cosechas, el sosiego de la creación. En cambio tú...

—Yo, que estúpidamente me cuido de moderar tus ligerezas, tengo asignado mi papel entre la humanidad. Algún día saldré de aquí para brindar al hombre un alcázar donde sueñe ó un templo donde crea. Y si ahora te parezco obstáculo mañana alcanzaré más sugestiva y magnífica inmortalidad que tú. Porque yo sirvo, también, para velar el sueño eterno de las criaturas y para perpetuar su memoria. Porque mi juventud, en una palabra, es más inacabable que la tuya.

Pero en ésto, el agua se echó á reír, y, arrojando á la piedra, desdeñosamente, reanudó su cantar...

E. RAMÍREZ ANGEL

FOTOGRAFÍA DE SOL



CÁMARA-FOTO

Como anduvo el hombre por caminos y trochas

ENTRE las muchas cosas buenas que el hombre tiene que agradecer á Dios, se cuenta la de poder andar, como le acomode, en dos ó en cuatro pies, aunque unos por vergüenza y otros por costumbre se tengan solamente en dos, que es lo usual. No cree quien esto escribe, como el autor de *El origen de las especies*, que el hombre descienda del mono, sino del canguro, por la facultad que este herbívoro posee de andar á saltos, manejar las manos con rarísima habilidad y mantenerse en buena posición merced á la cola ó á las ancas. Quizá muchos desciendan del Minotauro, monstruo fabuloso ó de algún Quirón de doble presencia, Antinoo con grupa de caballo, especie de Don Juan cuadrúpedo que es lo que probablemente sería con todos los líricos y nacionales respetos, el célebre enamorado de Doña Inés.

El hombre, al encontrarse solo y de pie en el mundo, sintió la pereza de andar, solicitando entonces de Júpiter, autor de Minerva y de una porción de barbaridades, que le concediera alas ó patas, sin distinguir, con tal de que las unas tuvieran gran resistencia en las horquillas y las otras en los jarretes, y así los centauros fueron friscando y rezongando por las húmedas y fértiles soledades de la Thesalia, con sus rostros de ministros cesantes ó de gobernadores en expectativa, con las barbas hirsutas, el pelo grifo bajo las verdes orlas de pámpanos, la inmensidad delante y á lomos el amor.

Pero como el progreso es la ley de la vida y el progresar consiste en que los avisados vayan más

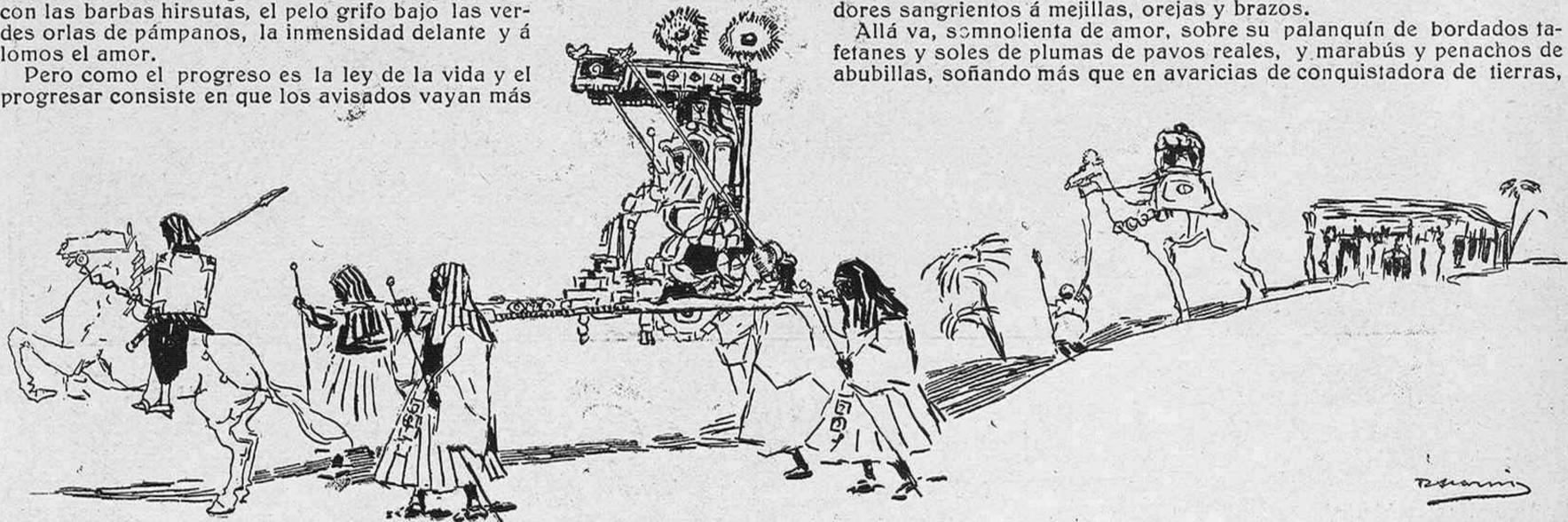


no de Aristóteles, el utilizable Pitágoras y el pánfilo de Platón, no es posible saber á ciencia escrita, cuándo germinó en el cerebro del hombre la luminosa idea de servirse de los pies ajenos creando la patriarcal angarilla, cubierta de odoríferas flores ó la muelle litera romana ó el palanquín egipcio; pero hay un periodo de grandeza que abre ante nuestros ojos asombrados, la doble puerta del Oriente inmortal.

¡Oh, instantes de gloria en que el sol bautizaba al mundo diariamente con sus claros chorros de fuego! ¡Yo os saludo, dejando resbalar los débiles rayos de mis ojos miopes á través del Egipto de hoy, pardo y sucio, con la atmósfera saturada de partículas de ruinas y de momias, en busca de la antigüedad que me enloquece! Aquella procesión de gentiles que veo, es la comitiva de Cleopatra, la que de puro licenciosa, inventó la poesía de la carne, más fija y eterna en la memoria de las al-

mas que los ecos regalados y dulces de la lira de Ossian. Veda, con su capacete, terminado en el pico de un águila, con sus ojos de luz negra y mortal, rivalizando en intensidades y languideces, con los diamantes y rubies, que prestan zonas de claridad y resplandores sangrientos á mejillas, orejas y brazos.

Allá va, somnolienta de amor, sobre su palanquín de bordados tafetanes y soles de plumas de pavos reales, y marabús y penachos de abubillas, soñando más que en avaricias de conquistadora de tierras,

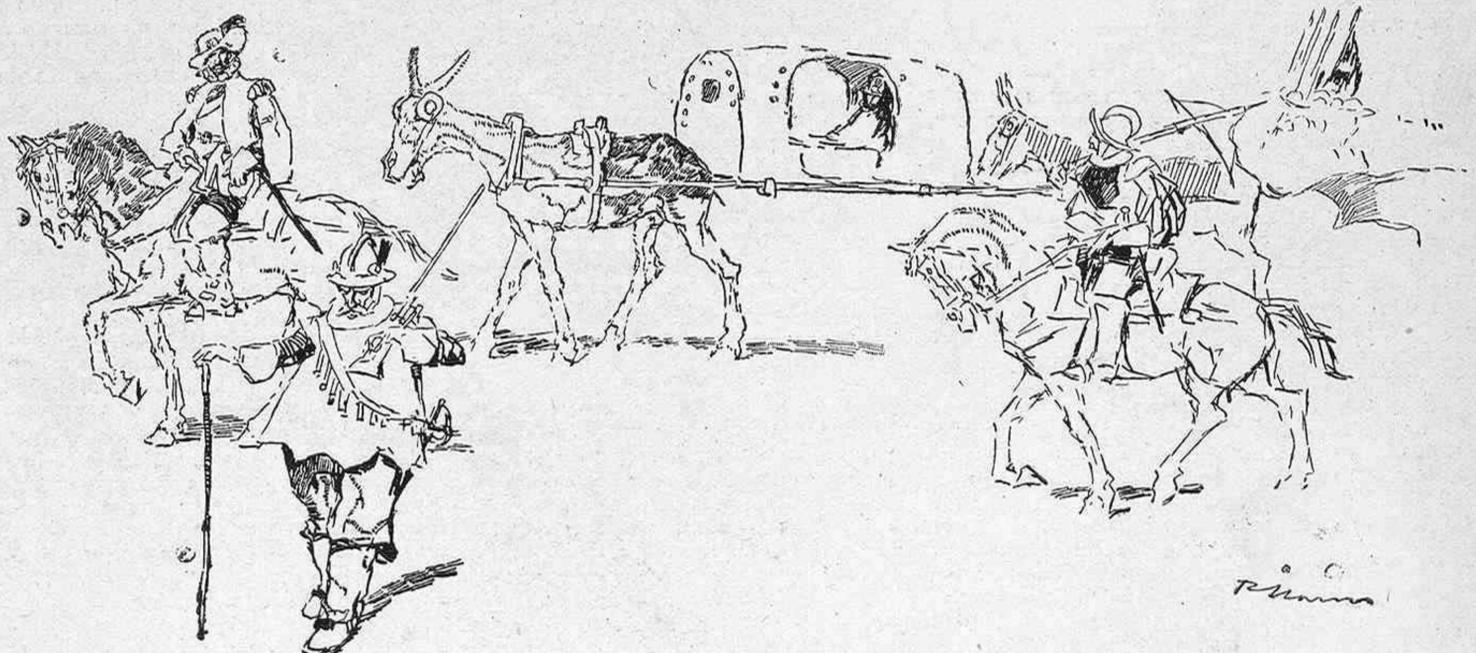


á gusto sobre los tontos, y no era lógico que el hombre rey de la creación permaneciera indefinidamente en situación de cuártago, poco á poco y á fuerza de multiples y bien elegidas selecciones, fué perfeccionándose hasta quedar en la justa proporción que exige para el cuerpo humano el sabio rigorismo de la estatuaria, y en cuanto el digno heredero de Adán se vió bello y fuerte, se erigió en personaje é inventó la Historia para que no sólo le adoraran sus pacientes contemporáneos, sino también los venideros, merced á los embustes escritos con estilo de marfil ó pluma de ganso, en papeiros y papeles, por griegos y talaverenses, maestros y aprendices, que salpicaron las tristes realidades con gloriosas demasías y las vergüenzas con tupidos borrones, dejándonos el pasado tan desconocido como antes de existir.

Por esta falta de sinceridad histórica y aunque se hayan escrito respecto del asunto gruesos tomos con atinadas citas en que siempre salen á relucir el bue-

en ser poseedora de nuevos amores, sacerdocio exclusivo á que se consagra.

El Nilo, hierve en chispas azules; ostenta el ibis sus largas patas rojas como vástagos de coral; las tumbas de los Ptolomeos centellean por sus aceradas aristas y la ocre llanura matizada con los intensos colores de los trajes y los relámpagos de las armas, semeja el verdadero



camino de un Edén. Pero... ya no es Tiberio, ni el afeminado Nerón, ni la augusta Popea, ni Cleopatra, ni Ramsés, los que avanzan por esa trocha graduada de camino real por las cunetas que la encajan y guarnecen, pues ó antiparras ahumadas llevo, ó eso que á mi vista se ostenta, en su cómoda silla de camino, no es otra sino la figura sacra y fría del rey Don Felipe II, que por jornadas va á *Charoza*. Lejos, resuenan pífanos y cajas, acompañando el desfile de los ricos-hombres, y grandes y títulos, cubiertos de brocados en los bohemos, con pasamanos y afros de seda valenciana y sombreros con plumas blancas y amarillas. Golpean y refulgen entre el polvo las herraduras de los bridones que relinchan, y el ambiente poblado de rumores da vida al sueño y relieve á la realidad, pero el rey, vestido con su traje negro y llevando el toisón, como un beso de oro desmayado y sin fe que le cae sobre el pecho, los carrillos lacios y descoloridos aplomados sobre la dócil y corta gorguera, lanza el cobarde rayo de una mirada azul á los campos desiertos y tristes en busca de lejanos éxtasis...

Pasan tres siglos y la visión desaparece. Calle abajo por la del Sacramento de Madrid, y como quien viene de los maitines de Santa María, va la litera flordelisada de una infanzona á quien apenas tocan los fulgores que se escapan del trono. A más pequeña grandeza más grande blasón. La pareja de majos se detiene viendo pasar al maqueado comodín, desde el cual la vieja, que padece mal de ojos, impone el saludo. El chispero desprende de su redecilla el ancho sombrero portugués y se inclina; la maja cubre su mejilla con el tafetán y sonríe...

Y al avanzar los días con su galope de oro, llegan nuevos usos, y



ya la silla de posta que era cosa de galerón que mordía el aire con su

A ratos, como un reconcomio, sueña bajo el puente algo así como el sordo ruido de un tambor redoblado por un gigante en las entrañas de la tierra, y surge el automóvil de ojos siniestros y separados como los de un beodo, enviando carretera adelante el lívido resplandor de su risa malvada.

Y sin embargo, en ocasiones, el rápido buzo de la sombra se convierte en piedra; apágase la fiebre de sus ojos y la pareja de bueyes prehistórica va arrastrando lentamente al progreso, precedida de algún Bertoldo sin ingenio que saborea como nadie los placeres de su rusticidad.

Los hombres, anduvieron siempre á tontas y á locas ó sabiendo demasiado adonde iban, volando ó arrastrándose, caballeros los unos y caballos los otros, irredimibles en su condición por traer unos espuelas de audacia y otros pesado yugo de humildad, y así los dioses y los héroes encontraron dispuestas cuádrigas ó multitudes que los arrebataran y tronos ambulantes en sus carrozas de oro, y el que no tuvo tronos ni multitudes, se buscó su medio de ir á gusto, y disparó por caminos y trochas, calzadas y avenidas, de magia en su tiempo, ya el sonoro agrio sonido ó el carromato sin ballesas productor del hipo y del susto, ó los ágiles derivados de aquellos pesados patriarcas de hierro y madera, tales como el birlocho, y el milord, y la carretela, y la volanta, y el velocípedo, y el patín. Todo el que ha nacido



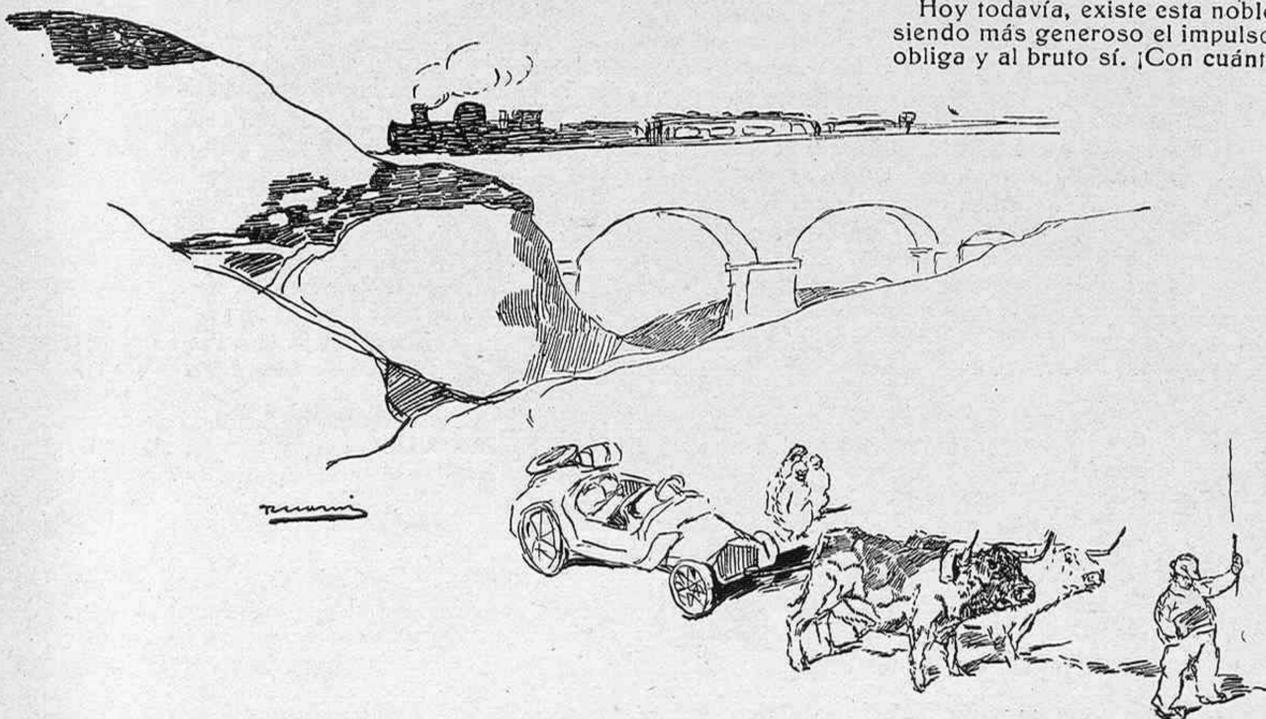
levanta el perezoso polvo de los caminos la diligencia que cruza apresurada por los desfiladeros, donde esperan los guapos del trabuco y el calañés. ¡Hala! ¡Hala! El cascabeleo suena á lo lejos, como notas de flautas; después son tumultos de sonidos agrios que excitan y aturden, y luego, un rum-rum perdido que se funde en un silbo prolongado y lúgubre fustigando los arbustos en las cañadas y enviando á los chaparros de los valles su latigazo de voz doliente. Es la locomotora disciplinada que pasa mil veces por el mismo camino arrastrando el mismo convoy.

para ser algo, se busca el medio de ir sobre algo, y el que no, procura tímidamente la ocasión de que sus pies sirvan para los otros; lo quiere con asiduidad, con codicia, con el entusiasmo de aquellos espirituales que rompieron los tiros de un coche real, gritando ¡vivan las caenas!, ó con la viva exaltación de los patriotas que prestaban lomos y grupas al *divino Marat*...

Hoy todavía, existe esta noble tendencia á la imitación del cuadrúpedo, siendo más generoso el impulso del hombre, puesto que á él nadie le obliga y al bruto sí. ¡Con cuánta ternura contemplo en los días de toros al victorioso lidiador, sonriendo confiadamente sobre los hombros de sus entusiastas, que cabecean y galopan y palidecen acomodando el trajín de sus pies al ritmo de sus brazos hinchados de oprimir con febril afecto las sudadas piernas del héroe! ¡Cuan viva emoción se apodera de mí viendo cómo cunden en todas partes estos ejemplos: «Fulano, fué sacado en hombros y llevado así hasta la fonda!»

No penséis en la sonrisa maliciosa de los caballos que van detrás arrastrando el carricoche en que debiera ir el torero. No; esos hombres de bien llevarán en vilo á otro cualquiera al merecer este galardón, pero... ¡no salen!...

Acaso aparezcan cuando Icaro haya desplegado las alas y sea una completa verdad la conquista del aire. Pero entre tanto...



LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

DIBUJOS DE MARÍN



CÓMO MUERE EL AMOR

C U E N T O

Escenas de una comedia irrepresentable

Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.
CAMPOAMOR.

I

En Nápoles, una noche de primavera majestuosa y azul. Acodados en el barandal de la terraza, María y Daniel se dicen sus amores. Ella es rubia y pálida y está vestida de blanco. Sus formas inciertas de niña apenas núbil tienen, en la noche silente y luminosa, un no sé qué de vago, vaporoso y frágil, como las princesas de los cuentos de hadas. El es un mozo apuesto y membrudo. Su tórax atlético, de centauro, diríase un anacronismo, bajo la elegancia rígida del traje moderno; habla con fuego, pero murmurando, moviendo apenas sus labios húmedos é hinchados de pilluelo goloso y sensual, y el deseo brilla en el fondo negrísimo de sus pupilas. Lejos de ellos, sentados ante un velador, una mujer y un hombre, ricos de años, saborean el café á la sombra de una palmera enana. La terraza da al mar, que solloza dulcemente entre los brazos del golfo napolitano. Sobre el azul del agua, argentada por la luna, la mancha negra de una barca resalta poética y triste. Un pescador canta, y el diseño melódico de la canción vibra amoroso en el aire perfumado de sales marinas, de tierra húmeda y de flores de azahar.

Daniel coge una mano de María.

MARÍA.—Quieto, nos pueden ver.

DANIEL.—Bah, se dormirán, como todas las noches.

MARÍA.—No lo creas; mi madre nos vigila.

DANIEL.—Tu madre sabe que te adoro y no se opone á que nos casemos.

MARÍA.—Pero, ¿me quieres tuya para toda la vida?

DANIEL.—¡Siempre, María, siempre! Te lo juro por la serenidad de esta noche, por la inmensidad de este mar... menos grande que mi cariño. ¿Lo dudas?

MARÍA.—¡Oh, no! Lo sé; pero me encanta oírte.

DANIEL.—Pues me oírás toda la vida, toda mi vida, que no tuviera sentido sin ti. Yo amo en ti al amor y á la belleza, porque tú eres el conjunto armonioso de todas las bellezas y de todos los amores. ¡Mi mundo está en tus brazos, y en tus ojos, y en tu boca.

MARÍA.—¡Y para mí la dicha está en tus palabras!

DANIEL.—¿Tú también me querrás siempre?

MARÍA.—¡Ay, Daniel, ay mi Daniel!

Bajo la palmera resuena quedamente la respiración monorrítmica de los viejos dormidos. Una



nube negra esconde á la luna, se oye el rumor de un beso y la canción del pescador se pierde como una quejía sobre las quejas del mar.

II

El tren cruza vertiginoso por los campos llenos de sol. Es verano. Por las ventanillas del vagón se ven pasar los árboles y los campos sangrientos de amapolas, donde los segadores duermen de bruces, bajo los carros de trigo, entre las toscas patas de los bueyes pensativos y quietos... María y Daniel van solos, en viaje de novios. Ella duerme. Bajo la onda dorada de sus cabellos se recorta la serenidad de su carita de nieve, como la de una madonna veneciana, en la que el sopor ha puesto dos rosas de sangre. Daniel, sentado frente á ella, la contempla con arrobamiento y unción de enamorado. María abre los ojos y lo mira, despreciándose.

MARÍA.—¡Pobrecillo! Te aburrías, ¿verdad?

DANIEL.—¡Te miraba dormir! ¡Estabas tan hermosa!

MARÍA.—¿Por qué no me despertaste?

DANIEL.—Respetaba tu cansancio, mi reina. Aunque ardiera en deseos de acariciarte, primero eres tú.

MARÍA.—No; primero eres tú. (Se sienta.)

DANIEL.—Pero, ¿qué haces, mi vida?

MARÍA.—Ya lo ves, acompañarte.

DANIEL.—¿Y tu sueño?

MARÍA.—Déjalo estar. Dormir... es morir un ratito. Vivamos. Tú te has sacrificado por mí, ahora... por ti, si á esto puede llamarse sacrificio.

María se sienta junto á Daniel. El tren, tras un ligero estremecimiento, se detiene, con un resoplido largo, como el aliento de una bestia cansada. Vocean afuera el nombre de la estación. La portezuela se abre y entra con un gran séquito de maletas y de mantas una inglesa de edad indefinible, enjuta, tiesa, automática, con el rostro de cera y los cabellos de espiga, que saluda y toma asiento frente á los novios. Estos hacen simultáneamente un mohín de disgusto, y el tren emprende de nuevo su marcha y su monótono traquetear. De vez en vez, levantando la tapa de una cesta que lleva en el regazo la miss, un perro de lanas, blanco y gruñón, asoma su hociquillo curioso. Bajo la inconsciente vigilancia de la inglesa, María y Daniel se besan en los ojos. La tarde cae.

III

En Madrid. Por los cristales del balcón atraviesa la claridad gris y

brumosa de una tarde de otoño. Luisa, la cortesana, pasea agitadísima por el alhajado gabinete. Daniel reposa en un diván, apoyadas las manos en los muslos y con una mueca de tedio en los labios. Algunas canas prematuras platéanle las sienas huesosas y cansadas; una niebla invisible ha apagado el brillar de sus ojos, y las guías del bigote, antes erguido, caen tristemente sobre el irónico pliegue de la boca. La voz de la mujer resuena húmeda de llanto.

LUISA.—¡Ah, no, no; no lo pensé nunca; no lo pude sospechar nunca! Tú, que me lo sacrificabas todo; que olvidabas á tu mujer por mí; que me jurabas haber creído amar antes, pero no haber amado hasta que me conociste, te desligas de tus promesas así, de golpe, con una sola frase fría y cortante como un puñal. ¡No puede ser, no puede ser! ¡Es mentira!

DANIEL.—Debe ser, Luisa. (El habla con la frialdad de sus nervios cansados.) Lo exigen mi posición, mi porvenir. Tú comprendes que una Embajada en Francia no se puede rechazar por un amorío. Debo partir y partiré. Además, esto no era para toda la vida; yo soy casado; tengo deberes...

LUISA.—No pensabas así cuando me hablaste de amor...

DANIEL.—(Levantándose.) Pero ahora pienso, y es inútil que hablemos. (Hay una pausa embarazosa, que Daniel rompe sacando de su cartera unos billetes de Banco que arroja sobre una

mesa.) Bueno; ahí va eso. Ya sé que te consolarás.

LUISA.—¡ Ah! ¿ Crees que todo se arregla con dinero?

DANIEL.—Si no lo quieres, me lo llevo, y en paz.

LUISA.—(Apoderándose de los billetes.) Eso no; mucho más me debes, mucho más vale cuanto he hecho, cuanto he perdido por ti.

Daniel sonríe. Sobre el prosaísmo de la discusión inútil han aparecido ahora la codicia y el ridículo, los invencibles enemigos del amor. Luisa murmura aún, esforzándose por sollozar, mientras sale Daniel: «Como todos, miserable, egoísta»; Daniel responde á un amigo que le espera á la puerta de la casa: «La di unas pesetas, y asunto terminado; como todas...». En la calle de Alcalá hay como una algarabía monstruosa, de látigos que chocan, de caballos que piafan, de timbres de tranvías, resoplar de motocicletas, clamor de vendedores ambulantes y bocinas de automóvil. Es la civilización que hiede y grita.

A la misma hora, durante el crepúsculo otoñal, en la Moncloa. A través del encaje amarillo de los árboles, se ve la agonía sangrienta del padre Sol. En la paz de la tarde moribunda sólo se escuchan los sollozos de un joven que, sentado en un banco, llora con la cabeza entre las manos, y las heladas frases de consuelo de María, que está en pie junto á él. La mujer de Daniel ya no parece una madonna veneciana: el amor ha exagerado la curva de sus formas, hay un temblor lascivo en su pecho abultado y redondo, y un adormecimiento voluptuoso en sus ojos de azulado acero: diríase una sacerdotisa antigua, una matrona romana, mejor una belleza de Juan Pablo Rubens, prisionera en la antiestética tortura de un vestido tailleur.

MARÍA.—Vamos, no llores, no seas niño; si tenía que suceder. Nos hemos engañado los dos, debimos comprenderlo. Yo soy una mujer casada, he de seguir á mi marido; tú eres joven, la vida se abre ante ti: ¡ vive y olvida!

EL JOVEN.—¿ Y de qué me sirve la vida; para qué la quiero sin ti? ¿ Qué va á ser mi vida sin tus palabras, sin tus miradas, sin tus besos?

MARÍA.—Volverá á ser lo que fué antes...

EL JOVEN.—¡ Antes! (Como un eco doloroso repite la palabra, y luego prorrumpe en una queja amarga, balbuciente, rota la voz por los sollozos.) Antes no te conocía, no había entregado nada á nadie, eran míos mis pensamientos y mi voluntad... Hoy te he dado mi sangre, mi juventud, mi corazón, que pisoteas entre el lodo... ¡ Oh, María, María, qué haces de mí!

MARÍA.—Lo que debo, lo que puedo... La vida es así, volverás á amar, volverás á olvidar... (Ella razona con la frialdad que pone el tedio en el corazón de los que se cansaron de amar, y con la lealtad que, aun á pesar suyo, se escapa de los labios de todas las mujeres cuando llega la hora de las rupturas definitivas. El suplica sin razonar.)

EL JOVEN.—Quédate, quédate, Maruja, mi Maruja, mi único amor.

(Hay una pausa. El sigue sollozando. Ella, como distraída, traza maquinalmente unas líneas en la tierra, con la contera del paraguas. De repente, con gran resolución, esforzándose en vano por aparecer afectuosa, exclama:

MARÍA.—No puedo, no puedo; eres tan joven, mi pobre nene, y luego... ¡ dónde iríamos á parar!... Piénsalo... tú no puedes... Y luego mis deberes, mi reputación, tu pobre madre... Piensa, reflexiona... yo te quiero; pero comprende...

(El no puede comprender porque es un enfermo de amor. Estalla en ira, y el amor, que tanto se parece al odio, tiene frases duras, de ultraje y de desdén para la muy amada. Ella, que ya no quiere, tampoco puede comprender cómo hay pasión hasta en los malos tratos de un celoso, cómo los insultos pueden ser como besos, y los golpes como caricias, y al sentirse asida de un brazo fuertemente, y empujada después, se aleja desdeñosa y altiva, como una reina ofendida. El también se aleja por otro lado, tambaleándose, como un ebrio. En el cielo parpadean ya las primeras estrellas vespertinas.)

IV

Noche de invierno, en París. Un salón elegante y severo. En la gran chimenea crepitan unos

troncos, sin la alegría de las hogueras campesinas. Un reloj dorado y antiguo cuenta con su voz de hierro los monótonos pasos de la Muerte. Tendida en una chaise-longue, con el negro falderillo en el regazo, resaltando como un manguitito entre los pliegues de las sedas claras, María mira los artesonados del techo, mira sin ver, abstraída en sus recuerdos. Bajo el oro muerto de los cabellos, donde las canas dejan, á trechos, su sinuosa veta plateada, el rostro, blanco hasta dar en azul, aparece ajado por los afeites, con la piel fina, tirante, próxima á apergaminarse, y los ojos brillan aún, con su brillar de acero, merced á la hábil simulación de las pestañas engomadas y de las ojeras de lapizlázul. Daniel lee una novela pornográfica, junto á una lámpara portátil, repantigado en una butaca de cuero, amplia y profunda. Una tos seca, inveterada, convulsiona su cuerpo canijo. Está desastrosamente viejo: el bigote cano, amarillento por la nicotina, pende en hilachas sobre la boca sumida, y la calva morena reluce franca.

MARÍA.—(Que está muy cerca de Daniel.) El humo me molesta; la luz me hace daño á los ojos. ¡ Jesús, hijo; eres insoportable!

DANIEL.—(Se levanta, arrastra la butaca hacia un rincón y se lleva la luz.) ¡ Vaya, así no nos molestamos! ¡ ¡ Te vas haciendo vieja y regañona!

María no responde. Hay una larga pausa durante la cual un tronco hecho brasas rueda estrepitosamente sobre la alfombra. Daniel va á recogerlo con las tenazas y se dirige luego á tomar un plead que está á los pies de María.

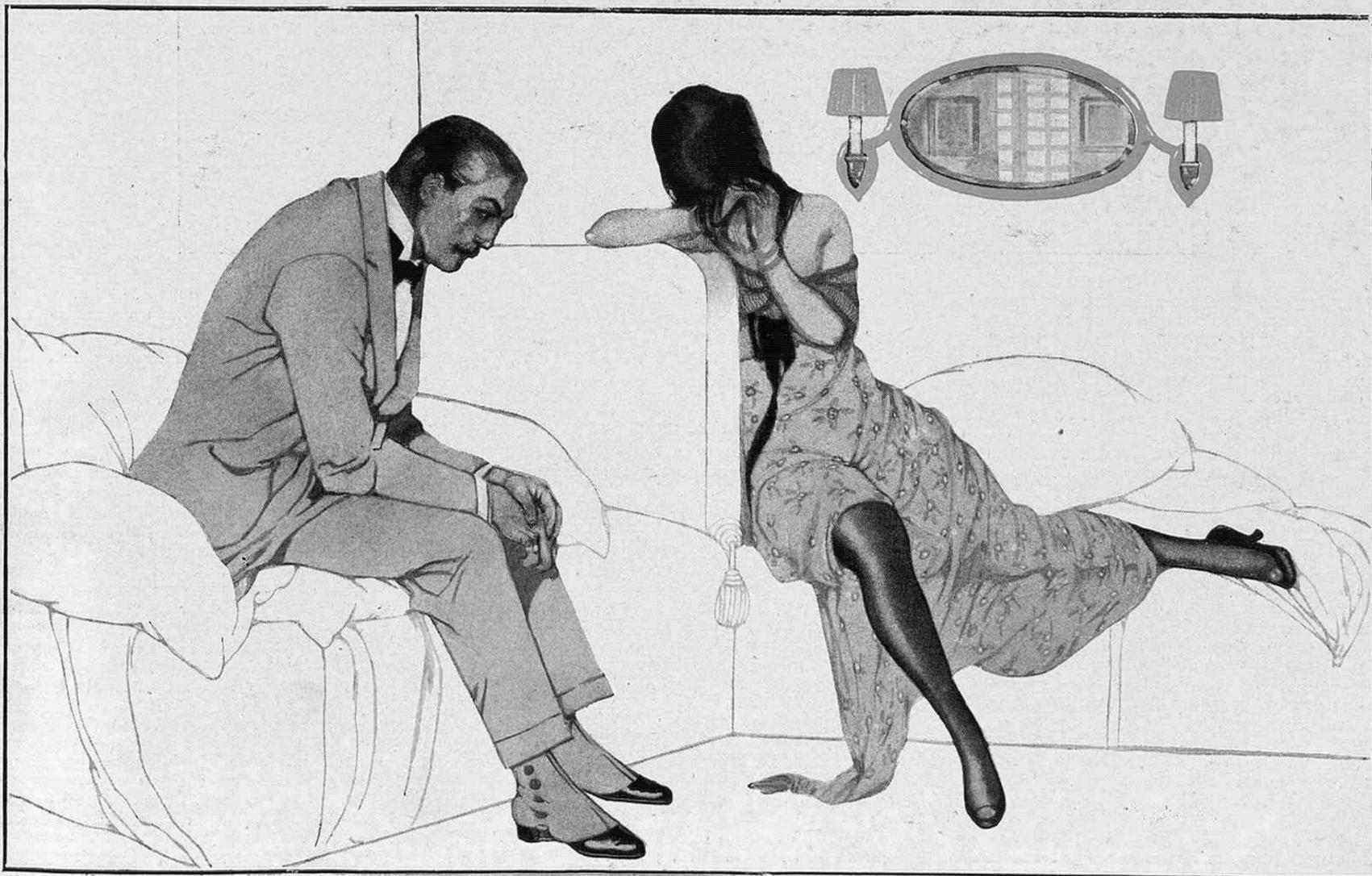
DANIEL.—Supongo que tú no tendrás frío; yo sí: este reúma no me deja vivir.

MARÍA.—Anda, hijo, anda. ¡ Jesús, tú sí que estás viejo y achacoso!

Daniel vuelve á sentarse y abriga sus piernas con el plead. Un criado de librea entra ceremonioso con el servicio de té, que deja sobre una mesa. El silencio, que es definitivo, se hace más sensible por el latir monótono del reloj, y sobre el trágico cotidiano de aquellas dos almas vulgares el telón del tiempo sigue cayendo, poco á poco.

FELIPE SASSONE

DIBUJOS DE RIBAS



MIRANDO AL PASADO
EL ARCO DE MONTELEÓN



CAMARA-FIS

ESCONDIDO en un pintoresco rincón del tradicional barrio de Maravillas—tan tradicional como las figuras femeninas que sobre el chupetín lucían la cruz de topacios—, alzáse el arco del Dos de Mayo que sirvió de entrada al viejo parque de Artillería y que como todos saben jugó importantísimo papel en la tragedia matritense de 1808.

Es una de las pocas y legendarias cosas que perduran en la villa y corte después de verse amenazada en más de dos ocasiones por la ignorancia municipal que empeñábase en desmoronarla con la análoga desaprensión que derribó la hermosa puerta de San Vicente.

En torno de este arco famoso, donde por una maja bien plantada riñeron un día de Navidad cierto marqués y su lacayo, vibra todavía el espíritu jocundo de los siglos pasados. Y en el andar menudito de las chulapas castizas que con sus patillitas de caracol caminan amorosamente á la vera de un mozo pinturero, se esbozan gallardías de otro tiempo, herencia de generosidad y de puro majismo.

La portada, aparte de ligeras manos de cal con que profanola el Ayuntamiento, conserva todos los detalles de su mocedad, cuando bajo ella pasaron Ruiz, Goicoechea, Daoiz y aquel Velarde que al salir del cuartel de Voluntarios del Estado, en la calle Ancha de San Bernardo, sintió correr por sus venas la sangre encendida

de los héroes, héroes que murieron acibillados á balazos en el mismo umbral de la que hasta entonces fué casa señorial de los marqueses de Terranova, donde aposentáronse la esposa y los hijos de Felipe V. Mansión divina que además de poseer una puerta churrigüesca y una magnífica escalera donde se recogió el arte maravilloso de Bartolomé, conoció muy á fondo á aquella dama prócer que era nieta de Hernán Cortés y camarera mayor de la reina Doña María Luisa de Orleans.

Por eso este arco se llama más propiamente de Monteleón y con tal nombre aparecía en la antigua calle de San Pedro la Nueva, puesta entre las de San Miguel y San José, hacia la Ronda de Fuencarral, en el mismo lugar donde se descubrió uno de los braseros inquisitoriales.

Al confín de esa rua véfese el grupo escultórico de Velarde y Daoiz, el cual, antes de acercarse en la Moncloa, ha recorrido entre otros parajes las cercanías del Museo de Escultura y el parterre del Buen Retiro.

Buceando en el alma del barrio chisperesco donde se esconde el arco de Monteleón, evócase el jardín de Apolo, los Pozos de la nieve, la noria, el primer molino, el retablo de San Hermenegildo, la calle de la Peninsular, tan simpática como su hermana gemela la del Batán, que tocaba con la de San Juan la Nueva, por junto á la quinta de Luis Carrillo, y sobre todo la puer-

ta de Bilbao ó de San Fernando, que tenía en sus piedras huellas de otras hazañas gloriosas.

A Fernando VII debemos la reforma del convento de Maravillas y la plaza ajardinada donde el citado arco se asienta.

Corrían á la sazón grandes desmontes y descampados hasta la plaza de Santa Bárbara, donde se construyó el saladero de carnes, que más tarde sirvió de cárcel pública. Iban todavía los romeros á expansionarse en la romería del Trapillo. Bajaban algunos á la Casa Puerta, en las proximidades del Canal. Y tomaban el sol de invierno en el camino de las Cruces, por el alto del asilo de San Bernardino.

Sin que nos la cuenten libros mohosos ni desdentadas bocas de abuelos, pasa la leyenda, el espíritu de Madrid. Y precisaría historiar luengo y tendido para demostrar la relación que guarda el barrio de Maravillas con el grandioso arco de Monteleón, cuyo nombre por fuerza hemos de pronunciar con todo respeto y veneración.

En el silencio de la noche, cuando la sombra y la paz caen sobre este arco, cualquiera que ambule por allá, aun sin ser madrileño, sentirá surgir ante sus ojos una época romancesca y seguramente su memoria se oreará con los nombres queridos de bellas cosas que se fueron para siempre.

ANTONIO VELASCO ZAZO

LA ESFERA

BAVIERA PINTORESCA



VISTA DEL PUERTO DE LINDAU, EN EL LAGO CONSTANZA, FRONTERA SUIZO-ALEMANA

FOT. WEHRLI



LAS CIUDADES DE LA GUERRA.—EL PARLAMENTO DE LONDRES, DESDE EL TÁMESIS

APUNTE DEL NATURAL POR BRUNET

EL FUTURO PRESIDENTE ARGENTINO



D. HIPÓLITO IRIGOYEN
Jefe del partido radical

Las elecciones de presidente de la República Argentina han dado el triunfo al partido radical contra todos los demás partidos. La mayoría absoluta ha confirmado un triunfo de opinión que era realmente esperado. Triunfó la fórmula radical Irigoyen-Luna contra la fórmula Rojas-Serú, acordada en la Asamblea de concentración de los partidos conservador, demócrata-progresista, autonomista, etc., y contra la fórmula (verdadera fórmula) socialista Justo-Repetto, presentada por puro sectarismo, en combinación con la anterior.

El nuevo presidente elegido, Doctor Hipólito Irigoyen, es un espartano de quien nadie podrá envanecerse que conoce la menor declaración de propósitos.

El día de la elección se hallaba en una de sus estancias del interior apartando novillos para vender un fuerte lote. Era uno de esos días crudísimos que llevamos padeciendo con algún terror por lo desusadas que son en estos climas las fuertes heladas. El doctor Irigoyen se levantó al amanecer, recorrió muchas leguas de campo a caballo y presenció y tomó parte activa en las operaciones típicas de «apartar hacienda», no exentas de peligros.

Pasó el día ocupado en las campestres faenas, comiendo frugalmente y conversando de todo menos de política... Regresó a la casa de la estancia ya bien entrada la noche y a caballo... Se enteró de centenares de telegramas contándole los detalles de la elección, que no comentó con nadie. Y al siguiente día continuó sus operaciones de campo en el mismo silencio político. Y probablemente continúa en la estancia en el momento de escribir estas líneas, aun cuando van pasando algunos días de la elección.

Ni es una casualidad ni es una suerte buscada la de dedicar el día de su elección a apartar novillos. Es una característica definitiva de su carácter. Es el orden y la disciplina de un temperamento que ha esperado desde el año 1890 con toda tranquilidad el triunfo de su partido.

Acaso sea la única razón que sirva para hacer presagios de la nueva política que amanece para la República. Nadie puede asegurar que gobiernen hombres nuevos, ni siquiera que gobierne exclusivamente el partido radical, pero lo que sí puede afirmarse es que se inaugurará una política nueva.

Un día, que no está muy lejano, se presentó en su domicilio de la calle del Brazil, donde lo único que permanece sin cerrar es la puerta de entrada, un señor que se anunció con su nombre y apellido a secas é hizo llegar al doctor Hipólito Irigoyen la tarjeta de un senador que decía: «Tengo el mayor interés de presentar á

usted al caballero *Don Fulano*. El mismo le expondrá el objeto de la visita.»

En el acto fué el visitante recibido con la cariñosa sencillez que, por ser habitual en él, desorienta á los más sagaces.

—Usted me dirá—insinuó, indicándole un sillón y envolviéndole con una mirada penetrante.

—Pertenezco á la revista *X...* y me encarga de manera muy especial el Director que nos permita usted honrar algunas páginas con fotografías y datos biográficos del futuro Presidente de la República. En cuanto usted me autorice, doctor, haré venir al fotógrafo.

—Diga usted á la dirección de esa revista—contestó—que estoy muy agradecido del honor que quiere dispensarme, pero que aborrezco decisivamente toda exhibición.

No se considera vencido tan fácilmente un periodista que lleva consigo la autoridad de una publicación como aquella y ha «triunfado en cien batallas».

—Pues bien, doctor—exclamó—, ahora que le conozco personalmente, esperaré la oportunidad de retratarle en la calle ó en donde no me lo pueda usted prohibir.

—Y yo—replicó sin cambiar el tono amable el doctor Irigoyen—tendría razón para incrustarle un balazo si cometiera esa grave infidelidad.

Así es el hombre de partido que tiene electrizados á sus correligionarios, algunos de los cuales hubiera llegado á pensar hasta en el asesinato del ídolo si como se creyera en un principio no llega á aceptar la designación.

Del doctor Hipólito Irigoyen nadie sabe decir si mantiene un concepto nacionalista cuya exageración moleste á los extranjeros, como sus adversarios predicen. El permanece callado y sereno frente á todas las imputaciones enemigas. Descendiente de antigua familia vascongada, el Club Español se apresuró á enviarle un mensaje de felicitación que los periódicos radicales comentan con manifiesta satisfacción de regocijo.

Pero es que, sin entrar en consideraciones políticas, puede ocurrir que su partido quiera hacer pasar el circunstancial argumento contra los que ponen, al parecer, empeño en enemistar contra el Presidente electo á las grandes colonias extranjeras del país.

Recientemente visitó Buenos Aires y las principales industrias, obras y curiosidades del país, una brillante Embajada norteamericana presidida por Mr. Addoo, Director del Tesoro de los Estados Unidos, á quien acompañaba también su señora, la hija del Presidente Wilson. La Embajada fué recibida, obsequiada y agasajada con arreglo á la tradicional esplendor argentina y como correspondía á la categoría

personal y representativa de la poderosa nación yanqui. Los argentinos de estos tiempos saben muy bien que las visitas de los norteamericanos representativos al país no son completamente líricas ni responden á latidos de efecto ni son más que expresión poco disimulada de intereses y empresas en grande escala. Pero, maestros de la más refinada cortesía, se desentienden oficialmente de toda preocupación para cumplir la hospitalidad que estas oportunidades brindan.

Mr. Addoo, que no había visto un solo instante á su lado al candidato de la Presidencia, doctor Irigoyen, prescindió de todo protocolo y se presentó en el domicilio de éste..., quien no pudo recibirlo por hallarse enfermo y envió pocas horas después al aristocrático Diputado, doctor Alvear, á devolver el saludo á Mr. Addoo.

El yanqui tuvo que marcharse á Chile sin conocer á Irigoyen, quien ha sufrido impávido y sin dar la menor explicación los comentarios enemigos, que calificaron su conducta de descortés.

El parece indicar con su impavidez que sabe en cada momento lo que hace. Ha tenido á su partido en el retraimiento muchos años, porque no encontraba—decía—garantías electorales y no quería vulnerar los principios de la Constitución. En cuanto su antecesor, doctor Sáenz Peña, publicó la Ley electoral vigente para quitar á los radicales el «sombrajo del retraimiento», según lo que creían sus adversarios, el hombre misterioso aceptó la Ley y llevó su partido al triunfo de las elecciones de Diputados nacionales; después fué ganando en lucha franca y legal los gobiernos de varias provincias, entre ellas la reaccionaria Corsolea... Y por último ha logrado el más resonante triunfo en las elecciones de Presidente y de Diputados nacionales.

Los temores de que se proponga hacer tabla rasa de lo que encuentre parecen cosa pueril, tratándose de hombre tan equilibrado.

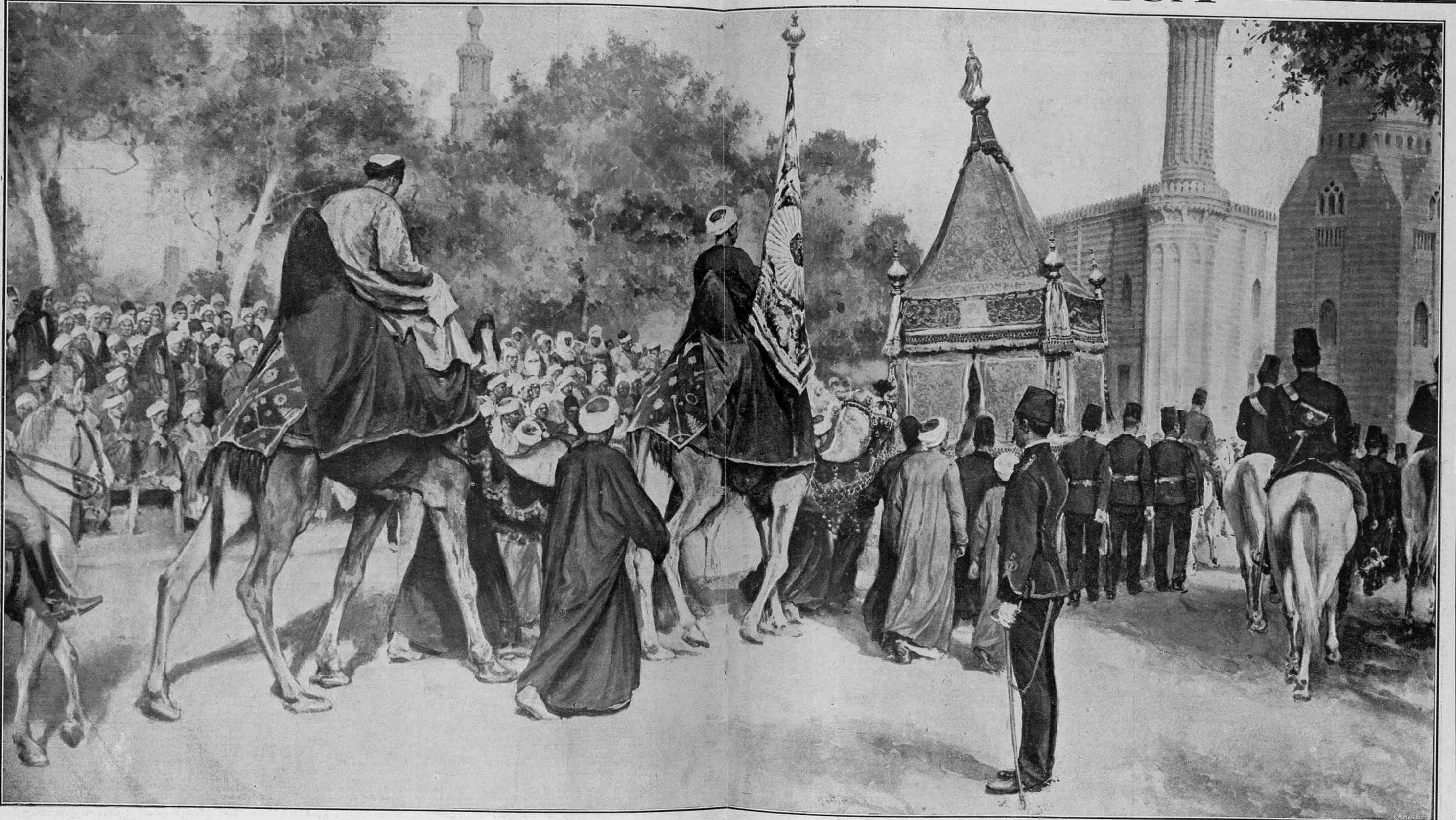
En primer lugar, porque quizás no existe ya después de triunfar ese partido radical, partido máquina para llegar por medio de la disciplina y la fe en el hombre al triunfo, que era toda su misión.

Y en segundo lugar, porque hombre que ha demostrado tanta fe y profesado tal constancia y apego á los principios democráticos de la Constitución nacional, ha de querer gobernar con la nación, para la nación y con todos los hombres que lealmente quieran servir á la nación, respetando todo lo que encuentre digno de respeto.

JULIÁN DE LA CAL

Buenos Aires, Junio, 1916.

BIENESTAR DE
MADRID

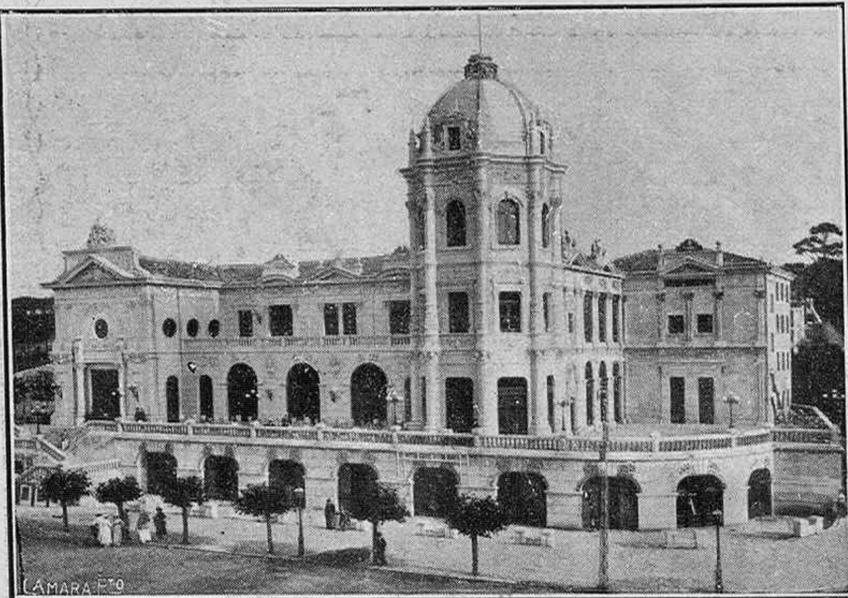


LA PROCESIÓN DEL TAPIZ SAGRADO DESFILANDO POR LAS CALLES DEL CAIRO
Dibujo de Wal Paget

BIENE DE
LA ESFERA

CAIRO

EL VERANEO ELEGANTE
 INAUGURACIÓN DEL GRAN CASINO DEL SARDINERO



Exterior de la parte construida del Gran Casino, del Sardinero



Un aspecto del "hall" de entrada del Gran Casino

Es una noche fantástica. La luna llena riela sobre el mar, sereno y azul, poniendo en él los fulgores de plata. Envuelta en un velo luminoso, se divisa la orilla opuesta de la bahía. A cada curva del camino una nueva belleza, un panorama nuevo y admirable.

El tranvía avanza rápido bordeando el precipicio, cuyo pie acaricia el mar. La Magdalena. En el diáfano azul de la noche, el palacio destaca sus firmes contornos. Más lejos parpadea el Faro. Luego la inmensidad del mar hirviente que viene sumiso á morir en la playa.

Súbito un resplandor de incendio nos ciega. Ante nuestros ojos un edificio soberbio, de líneas atrevidas y elegantes, maravillosamente iluminado. El Gran Casino. ¿Biarritz, Montecarlo, Spa ó Santander? A sus puertas se agrupa una muchedumbre cosmopolita. Las aristocracias de la sangre, el dinero, el talento y la belleza, llenan la amplia escalinata. Fracs y uniformes se mezclan y confunden. Bajo los abrigos de seda y encaje se entrevén *toilettes* que revelan el *chic* de París, la elegancia londinense.

Se adivinan escotes prodigiosos. Esencias finísimas disputan su aroma á las flores. Las piedras preciosas fulguran, sin lograr vencer el brillo de los bellos ojos que sonrén, prometen y acarician.

¡La terraza! Para pensar, para soñar, para amar, ¿qué otro sitio com-

parable? El cielo esmaltado por millares de estrellas. El mar inmenso que gime, suspira, canta... Lejano, como un eco de un sueño, un vals lento, voluptuoso, acariciador. ¡La noche, la vida entera en este sitio deleitoso, ante esta plava maravillosa, única! Desde el vestíbulo amplio, elevado, de tonos rientes, se ve el salón de baile soberbiamente decorado; de dimensiones vastísimas. Luego el teatro. Coqueión, alegre, elegante; digno estuche de los tesoros de hermosura que ha de guardar.

Una escalera monumental. Los salones de recreo. El mismo lujo, igual suntuosidad. Muebles, aparatos de luz, decoración, exquisitos, finísimos, de gusto depurado. La gente comenta y coincide. Un esfuerzo enorme que coloca súbitamente á Santander entre las primeras estaciones veraniegas de Europa.

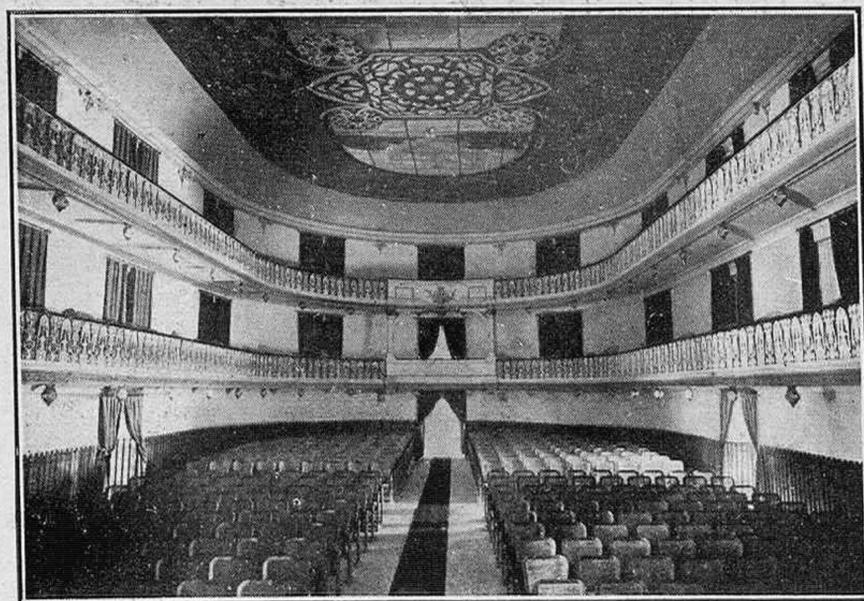
Y cuenta que solo está construida la mitad del Gran Casino. Terminado, será algo extraordinario, estupendo, que resolverá la supremacía de Santander sobre todas las playas del Cantábrico.

La noche avanza. Poco á poco la multitud se dispersa. Automóviles, coches, tran-

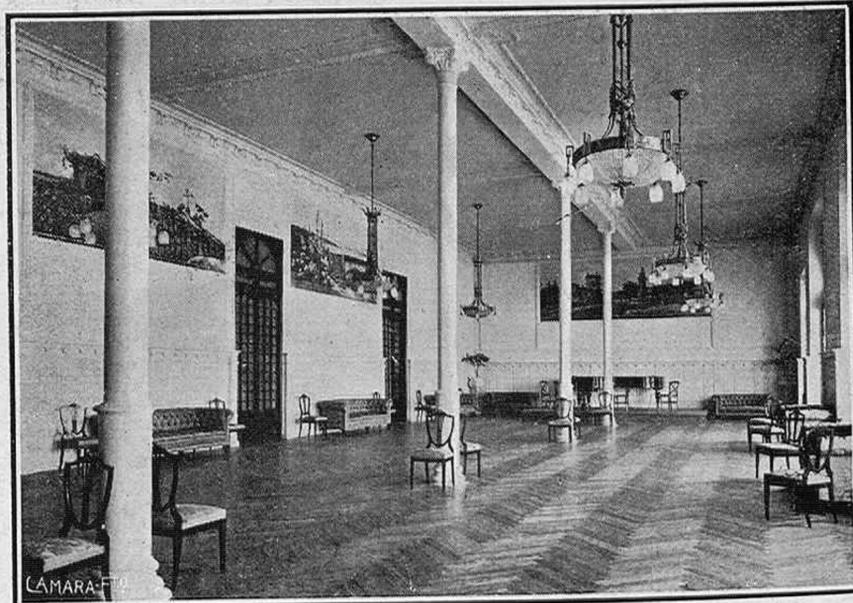
vías, no pueden con su carga. Sigue el cielo azul, la luna espléndida, el mar tranquilo. Sigue la brisa trayendo en sus alas perfumes, armonías. La paz de la noche descende sobre el espíritu, que se pierde en las lejanías del recuerdo ó entre las brumas rosadas del ensueño.—R. G. DE OCHOA



La playa del Sardinero, vista desde una de las terrazas del Gran Casino



Teatro del Gran Casino, del Sardinero, donde actúa brillantemente la compañía dramática que dirige el Sr. Mar.inez Sierra



Un aspecto del salón de fiestas del Gran Casino, del Sardinero, donde celebrará sus bailes la juventud veraneante

LA ESFERA
LIENZOS MADRILEÑOS



¡A LA SALUD DE LOS MUERTOS!

*Sobre un arroyo negro de linfa pantanosa
 se eleva el puente del misterio,
 se recorta, lejana, la mancha verdinosa
 del cipresal del cementerio.
 Es el puente fatal; las tristes pasarelas
 llenas de espanto y de inquietud,
 por donde van pasando, cual negras barquichuelas,
 un ataúd y otro ataúd...
 Y en la mitad del puente, plañen los pordioseros
 sus cuitas mendicantes, sus ayes lastimeros.
 Son costrosos magnates de cayado y zurrón,
 viejas brujas de Goya, pobres monstruos humanos
 que se rascan al sol, con engarfiadas manos,
 sensualmente, su horrible llaga en fermentación.*

*Y cuando cesa al crepúsculo
 la larga fila de entierros,
 contando su calderilla*

*va el enjambre limosnero.
 Y en las siniestras tabernas
 que hay al borde del sendero,
 beben todos los mendigos
 ¡a la salud de los muertos!*

*Caé la tierra en la caja. ¡Oh, momento de angustia
 desgarrante! ¡El adiós para siempre jamás!
 ¡Carne de nuestro amor agusanada y mustia
 entre las cuatro tablas, que no veremos más!
 Junto a nuestro dolor que, deja un hijo, acaso,
 bajo la tierra, inerte,
 en bandada de cuervos, salen a nuestro paso
 los lacayuelos de la muerte.
 Es el sepulturero que enterró a nuestro amor
 —con la gorra en la mano, torvo, zurdo y zaino—.
 Es que el compadre enterrador
 quiere honrar nuestra pena con un vaso de vino.*

*Y los negros y absurdos postillones
 y los enlevitados de pelucas grotescas,
 que trenzan una horrible danza de casacones
 en mil retorcimientos de zalemas burlescas.
 Llegan nuevos mendigos a decorar la escena
 —visión alucinante de agua-fuerte—.
 A todos les ha dado mucha sed, nuestra pena;
 ¡una sed más macabra que la muerte!*

*Quando calla el esquilon
 doliente del cementerio,
 en los miseros ventorros
 que hay al hilo del sendero,
 mendigos y enterradores
 y encasacados grotescos,
 alzan su vaso de vino
 ¡a la salud de los muertos!*

EMILIO CARRÉRE

LOS ESPAÑOLES EXPATRIADOS EL SANATORIO DE HATO REY



Puerta principal del Sanatorio español de Hato Rey

DE lejos, ¡cómo se ama á España! Arrastrados por el espíritu de aventuras ó por la noble ambición ó forzados y empujados por la dura necesidad, van los españoles en bandadas, esparciéndose por los luengos países. Como cantara Bernardo López García no hay un puñado de tierra que no pise la planta de un español. Y allá lejos, en la falda de los Andes y en las orillas del Pacífico, en el Plata y en las Antillas, cerca de tres millones de españoles é hijo de españoles, rezan al amanecer de cada día la oración de su patriotismo. Tiene para ellos la patria toda la pureza del ideal; á tal distancia no se ven las tristes lacras del caciquismo, de las oligarquías, del nepotismo, de la injusticia como régimen, de la política como favor, de la incultura como sistema, del espíritu público cohibido y perseguido allí donde quiere mostrarse ejerciendo su soberanía; á tal distancia no se ven los partidos sin ideales; la economía nacional regalada ó alquilada á empresas extranjeras y á monopolios lucradores, las estepas abandonadas, los latifundios cercados para banales recreos y los terrazgos resquebrajados por la sequía, la hacienda pública deudora de diez mil millones... A tal distancia, sólo se ve el hermoso titán hispano, que ha recorrido todos los senderos de la Historia, que ha poblado dos continentes y creado más de veinte naciones, que ha gozado todas las glorias humanas y que perdura frente al Tiempo sin envejecer y sin rendirse... ¡Oh, fuera de España, lejos de España, cómo se ama á España!

Así, todo el territorio americano está lleno de las obras de este amor. Aquí apenas sabemos nada de ésto. Hay Cámaras de Comercio, hay sociedades de recreo, casinos, bibliotecas, teatros, hermandades benéficas, grupos regionales,



Busto de D. Avelino Vicente, presidente de la Sociedad de Auxilio Mutuo, obra del escultor Blay

periódicos amparados todos ellos bajo la bandera de España y llevando todos el nombre de España. Por extrema resonancia sabemos que hay en la Habana poderosas asociaciones que evocan los nombres de Asturias y de Galicia, y aun creemos tener idea de que en Buenos Aires hay organismos que honran el espíritu de cooperación avivado en nuestros compatriotas, pero ¿tenemos idea de lo que hacen en Chile, por ejemplo, los vascongados y los catalanes? ¿Sabemos qué intensa labor de españolización más que de españolismo, realizan en los Estados Unidos profesores españoles, industriales españoles, obreros españoles y hasta músicos y pintores que aquí no conocemos?

No hace mucho se debatió en Puerto Rico cuestión de tal trascendencia para España como la de la prohibición de la enseñanza del castellano en sus escuelas. Se alzaron frente á la tiranía de la República de los Estados Unidos—á la que, por lo visto, le hierve la sangre sajona y quiere tener también su pequeña Irlanda—, muchos portorriqueños á cuyo frente se ofrecían un poeta, José de Diego, cuyas rimas de mocedad resonaron aquí al mismo tiempo que las de Núñez de Arce, y un exdiputado español, Vicente Balbás, que conservó su nacionalidad portorriqueña. Y en aquella heroica contienda, España no hizo nada; España no se enteró; España no honró á los que defendían cosa suya tan integral, tan espiritual como su idioma.

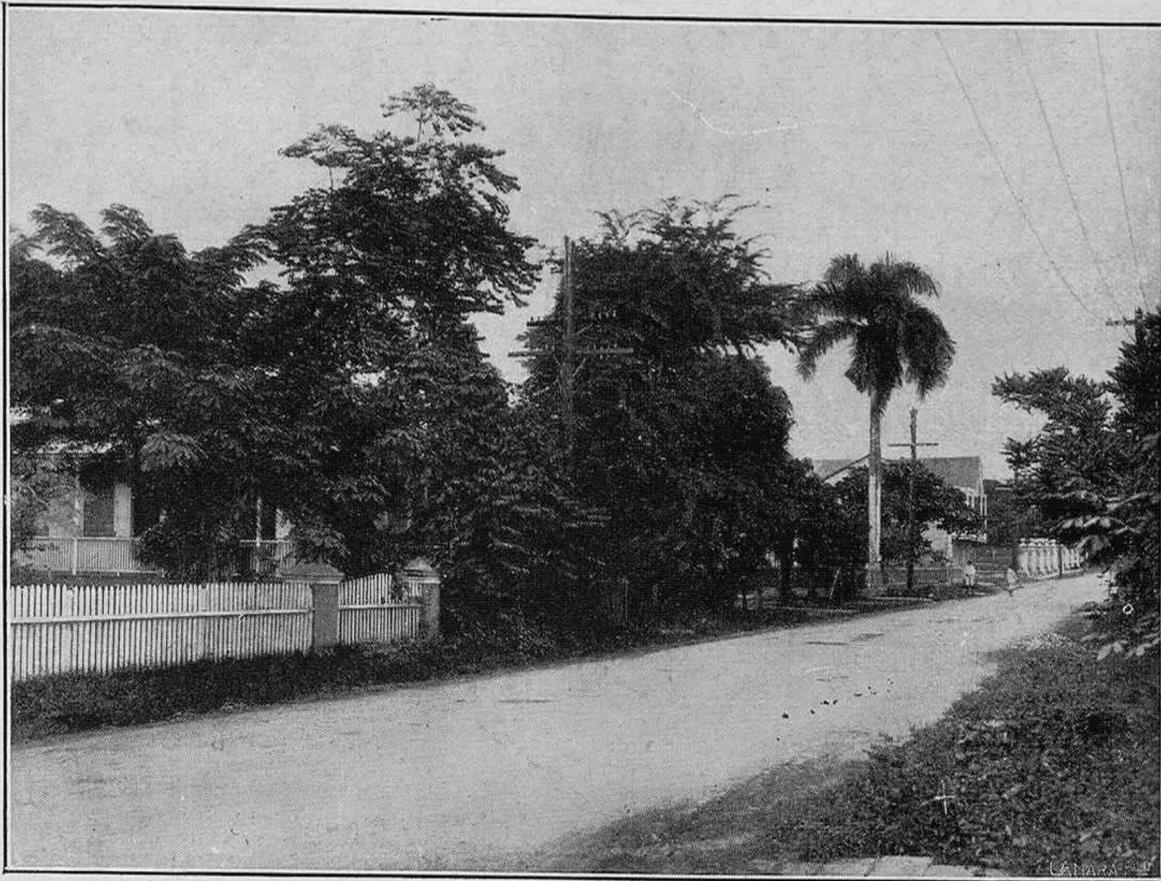
Así, tampoco conocemos en España la admirable organización de la Sociedad Española de Auxilio Mutuo, que funciona en San Juan de Puerto Rico. Acaso, el único español que de ello tenga noticia sea el escultor Blay, porque hizo un busto del Presidente de aquella Asociación, don Avelino Vicente, por encargo de aquellos

españoles expatriados. ¿Don Avelino Vicente? ¿Has visto tú, lector, citado este nombre alguna vez en alguna relación de españoles beneméritos? ¿Crees que el Gobierno sabe nada de este servidor de España, amante de España, paladín de España?

No; los Gobiernos españoles no saben más que de sus caciques y nuestros políticos, como los microbios de la gota de agua de Bartrina, no conocen más ilustres que los asiduos concurrentes de sus tertulias.

Y he ahí la obra de Avelino Vicente. Con el concurso de un núcleo de españoles, la Sociedad de Auxilio Mutuo ha llegado á crear dos centros benéficos: un consultorio médico en una de las calles de la capital y el espléndido sanatorio Hato Rey, en el que en el último año se han curado cerca de mil quinientos enfermos.

Enorgullece un poco pensar que en aquella Isla que fué española y dejó de serlo sin razón, sin causa y sin justicia; en aquella Isla que fué robada á la imprevisión de nuestros políticos incapaces; en aquella Isla que gobernábamos mal, pero, al cabo, un poco familiarmente, cordialmente, la bandera española puede ondear sobre un edificio tan her-



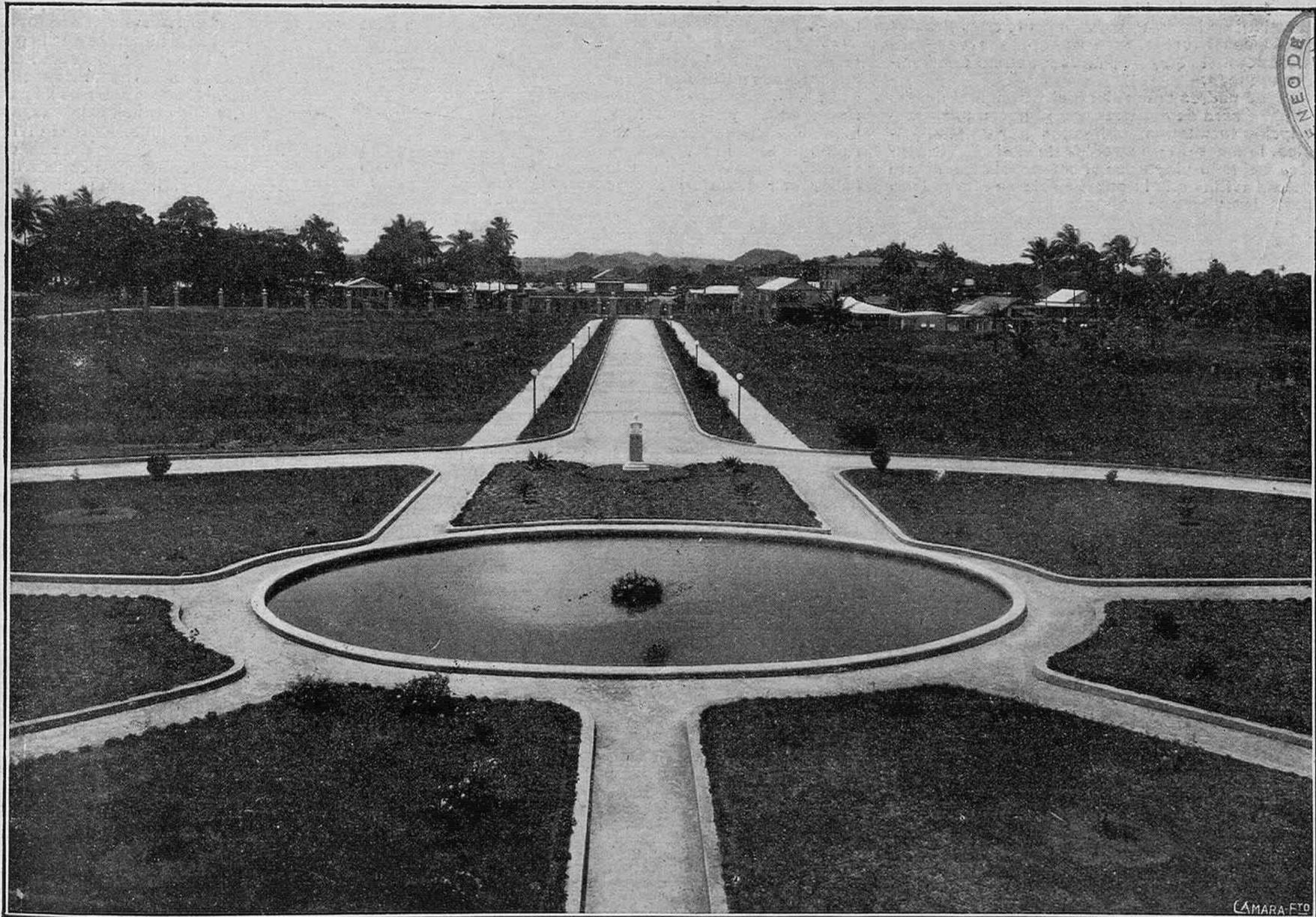
Casas adquiridas, que ocupan los solares entre el terreno del Sanatorio y la carretera central á Ponce

moso, alzado, peso á peso, centavo á centavo, por el esfuerzo de un grupo de españoles que se creían en tierras de su nación, hermanos de los indígenas, y de pronto, más en unas horas que en unos días, se vieron extranjeros en su propia casa, gobernados por hombres de otra raza y de otro idioma...

¡Qué admirable esfuerzo de fe, para no vacilar en su amor á la patria, no porque fuera vencida, sino por el espanto con que los españoles de allá, la miran en su pertinacia de seguir siendo como era, cuando ella misma engendró y acreció las causas de su derrota!

Así, he aquí que en las orillas del Plata y del Pacífico y en todas las latitudes del Océano dos millones de españoles, cada mañana tienen una oración fervorosa para la lejana Patria y en tanto, España, abúllica é inconsciente, perdida toda fe, sin energías para aborrecer la vacuidad de sus gobernantes y extrangular á sus caciques, no se acuerda de aquellos hijos que con tales ahincos la aman y tales entusiasmos la sirven.

MÍNIMO ESPAÑOL



Magnífica avenida central del Sanatorio

CÁMARA FOTO

RECEIVED
MAY 20 1910
LIBRARY

MOTIVOS VERANIEGOS



BEBÉS

El veraneo de los niños suele ser una tiranía más de los padres. Al capricho ó á la necesidad de éstos se subordina, en general, lamentablemente. A veces se les toma como pretexto: «—Vamos á veranear por los niños.» «—Yo, por mí, no saldría; pero tengo que llevar al chico á que le den los aires del mar.» Y no es verdad; es una hipocresía...

La patria potestad, que era en Roma el derecho de vida y muerte sobre los hijos, es ahora, en el siglo xx, una superchería democrática. La indefensión legal del niño sigue siendo, después de Víctor Hugo y de «El arte de ser abuelo», tan inicuca como en los tiempos de Tarquino y de las Doce Tablas. Se los trae y se los lleva arbitrariamente, sin plan higiénico, ni educativo, ni recreativo; se les hace indignamente cómplices de vanidades frívolas, arrastrándolos subalternamente con el equipaje suntuoso, como una sombrerera más.

¿Qué padres subordinan el veraneo al de sus hijos? Fuera de aquellos que lo hacen por prescripción facultativa, obligados por un plan médico, la mayoría no se cuida de si al niño le sentará mejor la playa que el campo, el aislamiento en una «villa» que la convivencia en el mundano hotel, los viajes en tren que el peligroso traqueteo del automóvil.

La mayoría de los padres creen cumplidos sus deberes veraniegos llevando á sus pequeños á la playa ó al balneario de moda. ¿Por qué, si

los pequeños no entienden de modas? ¿Qué puede aprovechar á un niño todo el ridículo ajetreo de los conciertos, de los bailes, de las cenas y aventuras mundanas? ¿Qué le importa á una niña de si al hipódromo hay que ir en «tailleur» y á la sala de juego en traje de baile?

Cuando Brieux estrenó «Les reemplaçantes», el mundo aristocrático se amotinó contra el rígido moralista. Eran los días en que ninguna madre «bien» criaba á sus pechos á su hijo; para eso estaban las substitutas, las nodrizas. Diez ó doce años hará de esto y en diez ó doce años la elegancia de dar los hijos á las nodrizas se ha cambiado en cursilería de pésimo gusto. Hoy, las damas «bien» crían á sus hijos por sí mismas y las nodrizas son verdadero artículo de lujo...

¿Por qué no confiar en que la educación de la mujer, al hacerse más noblemente delicada, se haga más sutilmente responsable y recabe también para sus cuidados el veraneo de los niños?

Ahora, la playa en donde juegan es todavía jurisdicción indiferente de niñeras é institutrices. Los niños, con sus cubos y sus palas, y las niñas, con sus muñecas, yerran por las arenas húmedas, mien-

tras la «mademoiselle» coquetea con un viejo verde, ó la «miss», abismada en sus pensamientos, mira de vez en cuando el revuelo de unas gaviotas...

Solamente, como excepción gentil, alguna madre joven y gallarda, vigila atentamente á sus pequeños. Este es el fuerte y delicado símbolo de la maternidad responsable, ungiendo noblemente de todas las gracias y coronada por un sol de ternuras.

Así, al cuidado de los hijos, Juno gobierna en el Olimpo á todos los dioses, y María, en el Cielo, á todas las Potestades. Así también, la madre Ceres atalaya el fértil arado de Triptolemo, y las «Madonas» del Guercino, suntuosas como emperatrices y papisas, no sienten, inclinadas sobre la cuna, el grave peso de sus joyas.

Porque el hijo, más que la gracia y la ternura, es, como dice Francis James, «nuestra conciencia, que siempre nos está llamando». Y sus medias palabras, sus pasos trémulos, todo el divino balbucear de sus encantos, no es más que el incesante alerta, el clamor perdurable de esa conciencia transmitida.

Cristóbal DE CASTRO

DIBUJOS DE F. RAMÍREZ



g. ramirez



Vibra un aire de ensueño sobre el jardín en fiesta,
cantado por las voces de invisibles violines.
Penetrante armonía que invade la floresta
y en música es aroma de nardos y jazmines.

Aroma de jazmines, suavidad y dulzura
en medio de violencias y de condenaciones,
y en la fiesta que rigen el vicio y la locura
es bálsamo que inunda de paz los corazones.

Es un jardín de amores en el loco Febrero
y el Carnaval preside los giros de sus danzas
que prestan voluptuosas en su ritmo ligero
á todos los deseos, todas las esperanzas.

En sus abigarrados trajes los Arlequines
y los Pierrots de nieve rondan las Colombinas,
con sus torpes impulsos buscando torpes fines
Pero al vibrar de pronto las cadencias divinas

se rasgan las canciones, se detienen los giros
y una dulce tristeza penetrando en el alma

las carcajadas hace que quiebren en suspiros
y se apague el estruendo en silenciosa calma.

¡A los hombres de buena voluntad, en la tierra
paz!, dicen los violines con su voz armoniosa,
y en la amable enseñanza que la palabra encierra
la mente atormentada y culpable reposa.

○

Pero al cabo se aburren de la virtud modesta.
¡La danza es más alegre! ¡Es más brillante el vicio!
¡Hay que gozar—el tiempo es corto—de la fiestal
y estalla más que nunca impetuoso el bullicio.

Inútilmente espera dominar el estruendo,
la suave, la dulcísima celestial melodía
que en sollozos de angustia va creciendo, creciendo.
Se desgarran las cuerdas en gritos de agonía,

y al perderse los últimos arpegios en las frondas,
la Locura de nuevo su triunfo proclama
y enlazando los grupos en diabólicas rondas
logra que la Lujuria los abraze en su llama.

Pero cuando más prestan á la virtud ultraje
y en visiones de Infierno la bacanal arrecia,
un viento helado y brusco silbando en el follaje
apaga los traslúcidos faroles de Venecia.

Y al sentirse en la noche de tiniebla sumidos,
descendiendo la sombra sobre los corazones,
es el crujir de dientes y son los alaridos
de terror, los sollozos y las imprecaciones.

Mas, ¡todo en vano, todo! La postrera esperanza
bórrase ante los ojos del estridente vicio.
¡Y el viento huracanado de castigo y venganza,
parece resonando la trompeta del Juicio!

○

En medio de la fiesta del Mundo, Peregrino,
si llega á tus oídos la divina armonía
detente, cuando aún pueda cambiarse tu destino;
que corriendo triunfante por la gloria del día
la noche de tiniebla no te cierre el camino.

ANTONIO DE URBINA Y MELGAREJO
DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



NUESTRAS VISITAS

EL DEMONIO EN MONTSERRAT

TAL vez mis asiduos lectores no se hayan olvidado todavía de cierto caballero ruso llamado Abraham Z. Ratner, al que yo hice desfilar por estas páginas, por ser un hombre de un gran entendimiento, de una fortuna asombrosa y, sobre todo, de un trato originalísimo... Yo le describí tal como era, tal como «se dejaba sentir»: fantástico, generoso, lleno de misterio y de cordialidad; sin embargo, casi nadie creyó que se trataba de un sér real, sino de una creación de mi fantasía... ¡Ah! Hasta mi entrañable D. Benito, en el prólogo con que honró mi libro *Lo que sé por mí*, pone en duda la existencia del fastuoso caballero Ratner de esta manera: «Y ahora pregunto: ¿es también una graciosa fantasía de *El Caballero Audaz* su coloquio con un multimillonario mejicano llamado Ratner?» Nada de eso, mi querido D. Benito... El caballero Ratner vive entre nosotros. Después de su primera entrevista conmigo, se perdió por el mundo, como un hombre errante. De vez en cuando, tenía noticias de su existencia. Me las traía una pequeña cartulina que invariablemente decía: «Su amigo Ratner le recuerda con gusto á su paso por New-York»; «á su llegada á Londres»; «á su salida de Méjico»; «durante su estancia en Rusia.» Y nada más.

Al día siguiente de estar Campúa y yo instalados en el hotel Colón de Barcelona, un camarero me entregó la pequeña tarjeta de mi amigo... Esta vez decía: «Sé que está usted en Barcelona. Nos veremos pronto; mientras tanto, le saludo y le doy mi bienvenida. Al mismo tiempo, desde este momento queda á la puerta del hotel Colón y á su orden, un automóvil que le agradeceré utilice todo el tiempo que esté aquí.»

Un poco sorprendidos Campúa y yo, nos asomamos á la puerta del hotel. En efecto: un magnífico coche «Hispano» 60 H.P. de seis cilindros, nos esperaba... Nuestra primera visita fué para Ratner.

Y allí concertamos la excursión á la montaña mística de Montserrat.

De Barcelona salimos á las nueve de una mañana transparente. El coche, como una centella, se lanzó por la sierra de Tibidabo y por los magníficos y laberínticos bosques de la Rabassada. Dentro de él íbamos Ratner, Balaguer, Campúa y yo. La emoción del multiforme paisaje, que ya comenzaba á dorarse por el sol matinal, nos llevaba mudos, sumidos en una contemplación silenciosa... Cuando dejamos de ver el grandioso cuadro urbano de Barcelona, apareció ante nuestros ojos más tangible, maravillándonos con su grandeza portentosa, el prodigio montañoso de Montserrat. Nada hay en la vida que emocione tanto como la Naturaleza, ni ante nada se encuentra el hombre tan mísero y tan insignificante como al pie de una gigantesca montaña que con su penacho, parece calar la bóveda celeste.

Como un clamor de civilización, atravesamos por la calle principal de varios pueblos... tan tristes y tan pobres como los de Castilla... A las tiendas miserables se asomaban gente zafia á decirnos «adiós» con el pañuelo... Los ojos bellos de alguna moza garrida nos hacía comentar su belleza estéril y abandonada en aquellos rincones olvidados y anodinos. Al fin, como

una enorme serpiente que se enrosca á la montaña, comienza la carretera que ha de dejarnos en el Monasterio... Es decir, ha de dejarnos si el que lleva el volante del automóvil no es acometido por un pequeño titubeo, y las ruedas inquietas del coche no se desvían una cuarta de la cinta blanca que se encarama... Porque á nuestra derecha están abiertas las fauces de un abismo hermoso, heroico, cuyos colmillos son riesgos imponentes... El *auto* corría, volaba, subiéndose por aquel *toboggan* infernal. En cada revuelta el panorama era más grandioso y más distinto, y la voluptuosidad de morir rodando hasta el fondo del valle, más tenaz... Conforme íbamos llegando á la cresta de la montaña mística, una nube gris nos iba envolviendo dándonos la impresión de que entrábamos en el mismo cielo. Las rocas que rodean á la inmensa roca-diosa, parece que le rinden vasallaje por su grandeza ciclópea... En sus perfiles, como á veces en las nubes del cielo, se adivinan formas humanas, que nos dejan perplejos sobre los misterios de la Naturaleza.

Al fin llegamos á la cúpula de Montserrat... Allí está el Monasterio. En el patio de él echamos pie á tierra... Ninguna belleza artística creada por la mano del hombre nos deslumbró... En la portada del convento se alza la virgen de Mont-

serrat toscamente esculpida en piedra. Las edificaciones, solamente para la crítica podríamos citarlas. Parece aquello una piña de posadas de mal gusto y un tanto ruinosas.

Yo, delante de todos, ascendí por la amplia y destartada escalera de ladrillos rojos, que da entrada al Monasterio... Un frailecico joven y confuso nos salió al paso.

—Hermano: ¿podríamos visitar el Monasterio?...—le pregunté.

—Se lo diré al Padre Merced—me contestó con gesto lleno de humildad y mansedumbre...

En sus manos curtidas y toscas, depositamos nuestras tarjetas... A poco estábamos en una galería, de cuyas paredes pendían ricos cuadros del Greco, Rubens y Tizziano, y en presencia del abad Merced... Era este religioso joven—una juventud de treinta y cinco años—alto, de rostro armónico y colorado... Lo más saliente en su trato era su simpatía, una simpatía blanda, acariciadora. No era un religioso rígido é intransigente, sino al contrario, amplio y ameno... Con su sonrisa modosa y su conversación impregnada de humilde dulzura, ganó al momento nuestro apego. Mientras que nos iba enseñando el Monasterio, hablábamos... Su voz dulce y su mirada franca á través de las gafas de oro, nos inspiraba una confianza casi fraternal.

—Entonces, padre, esta fundación...—inquirimos.

—Esta fundación, como usted sabe, pertenece á los RR. PP. Jerónimos. La fundó el mismo San Jerónimo, cuya ermita de monje está situada en la cresta de la montaña...

—¿Y cuántos religiosos son ustedes en este Monasterio?...

—Cuarenta padres y cuarenta y cinco hermanos. Los padres somos sacerdotes... Además..., tenemos veinticinco estudiantes que siguen la carrera eclesiástica.

—¿Y de qué se sostiene la fundación?

—De la misericordia de Dios, de las limosnas de los fieles, de nuestras familias y del beneficio que nos dejan las dos pequeñas industrias que tenemos aquí instaladas.

—¿Que son?...

—Licores y chocolate. Durante dos años hemos tenido suspendida esta elaboración, pero ahora han vuelto á autorizarnosla.

—Además los turistas les dejarán á ustedes gran beneficio.

—Algo. En el Monasterio tenemos habitación para más de dos mil personas. Son viviendas modestas pero que tienen todo lo necesario. Sobre todo, vienen muchos matrimonios á pasar la luna de miel...

—Efectivamente, el sitio invita al amor.

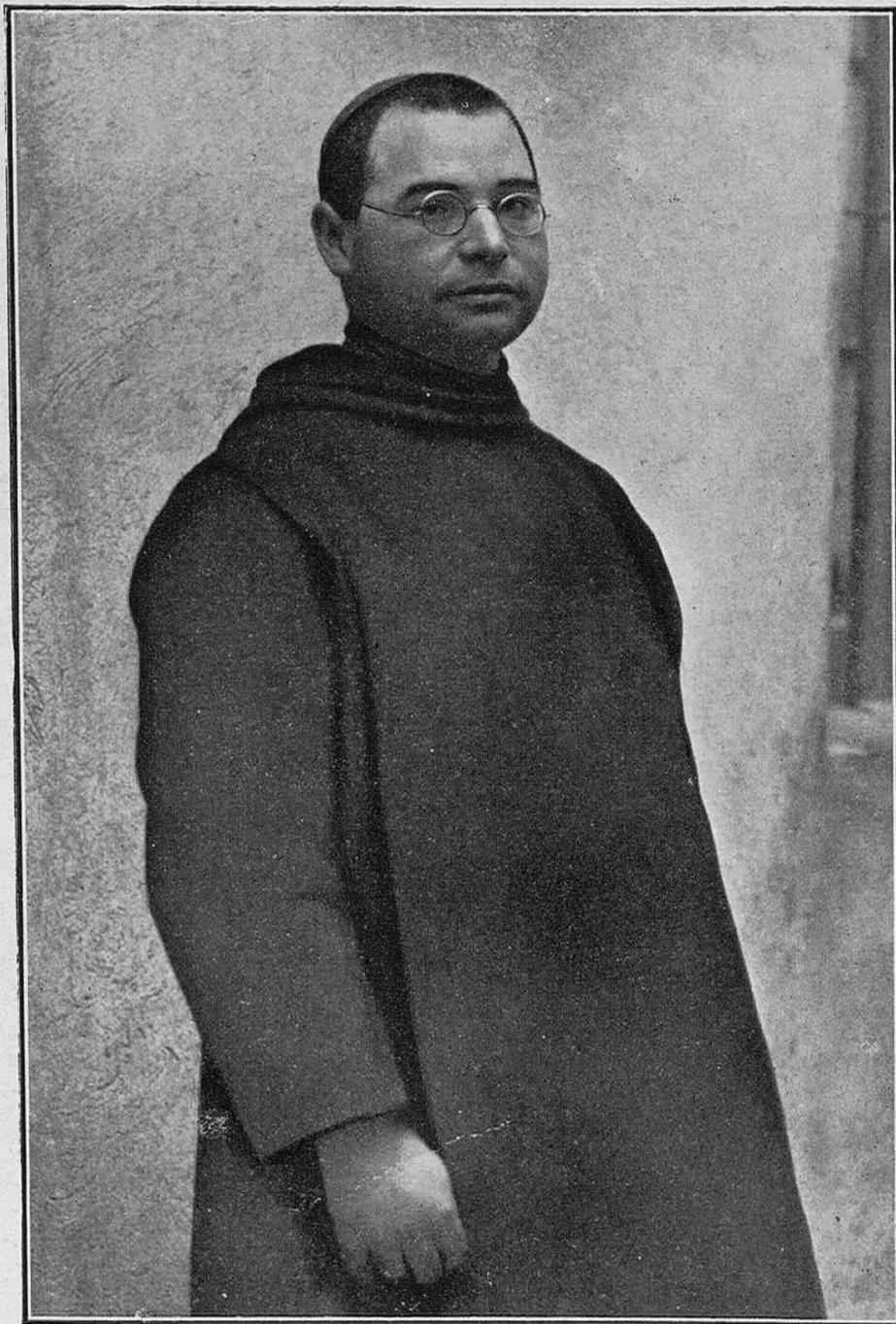
El monje sonrió tristemente.

—¿Y qué precio llevan ustedes por esas habitaciones?...

—Antes no dábamos precio: lo dejábamos á la misericordia de los huéspedes; pero eran tantos los que después de estar aquí meses y meses, no daban nada, que tuvimos que fijar una pequeña cantidad.

—¿Y cuándo hay más visitantes?...

—En verano, por lo regular, está esto lleno; en Semana Santa y en Pascuas también acude muchísima gente. Yo calculo que al año nos visitarán unas ciento treinta mil personas como mínimo. También por la venta de reliquias y curiosidades y recuerdos de la montaña, te-



El Padre Merced, abad del Monasterio de Montserrat

nemos un pequeño ingreso...

—Vamos á ver, padre, ¿y aquí no leen ustedes más que libros religiosos?...

—No, hijo mío; leemos todo lo que la censura eclesiástica nos permite. Vuestro periódico, por ejemplo, tiene aquí muchos admiradores; yo me he complacido mucho leyendo las informaciones de usted y se va usted á reír si le digo una cosa.

—¿El qué, padre?...

—Que á Dios le he pedido varias veces me depare la ocasión de conocerle; claro que honrándonos con su visita, pues de otra forma no era posible.

—Pues, padre, ha sido una petición un poco atrevida, porque yo soy el mismísimo demonio...

El religioso hizo un gesto de inefable dulzura...

—Nada puede el demonio donde reina Dios. No; no crea usted, *Caballero Audaz*, que no debe ser usted un modelo, no; pero vamos, tampoco un diablo. Tan mal no le juzgo yo. Desde luego, por la vida que hace usted, grandes serán sus pecados; pero la misericordia de Dios es infinita. Tenga siempre fe en ella.

La voz del beneditino era profunda y consoladora como saturada de un bálsamo purificador.

—¿Qué vida hacen ustedes los religiosos?

—Nos levantamos en todo tiempo á las tres y media de la mañana. Y según las obligaciones de nuestro cargo, así repartimos las horas del día.

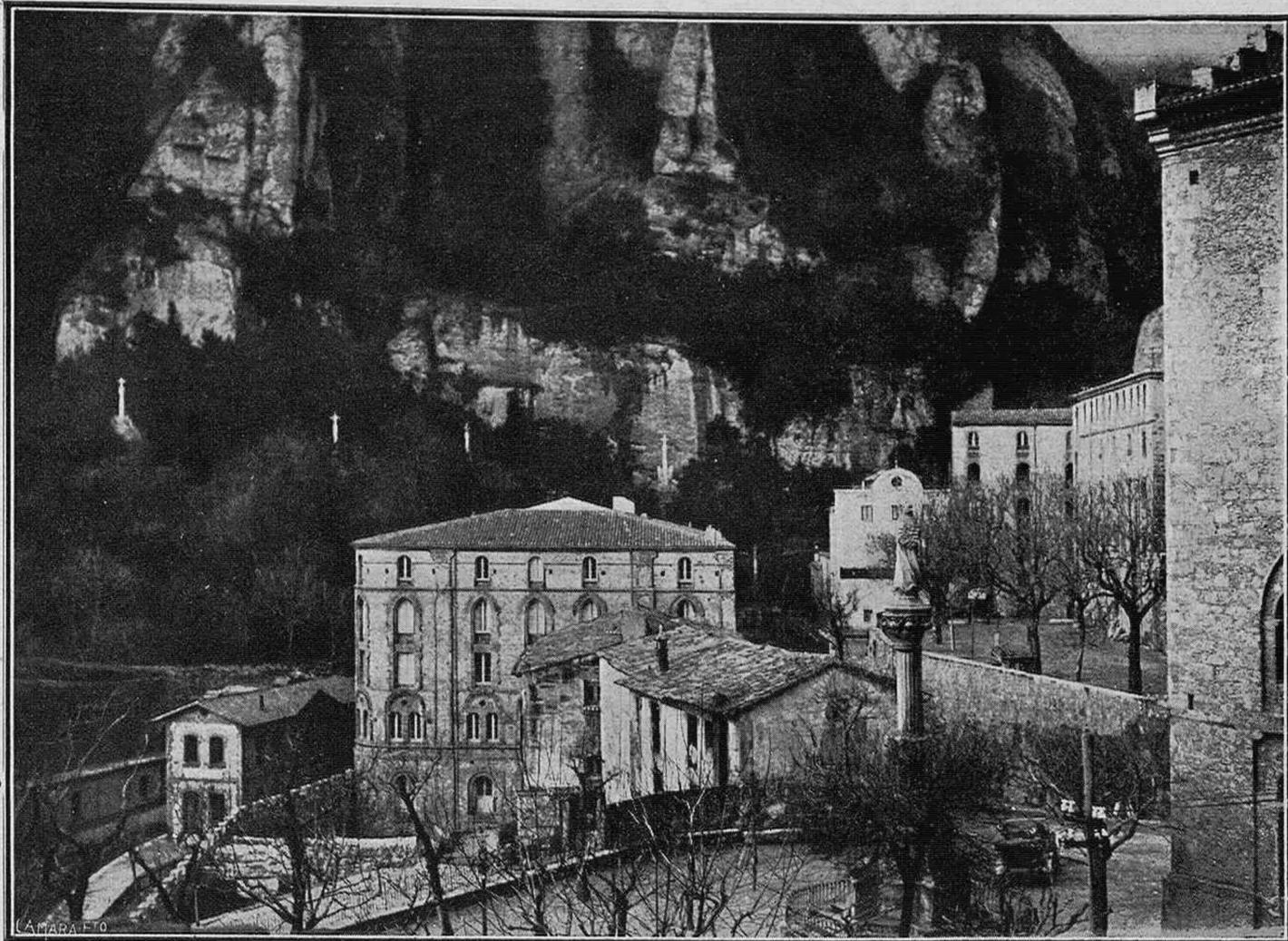
—Usted es joven, ¿verdad, padre?

—Tengo treinta y cinco años...

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el Monasterio?...

El religioso, como si en recordarlo sintiera un supremo deleite, exclamó con lentitud:

—Llevo aquí veintitrés años; quitando cuatro que estuve en Roma... Yo entré en el Monasterio á los doce años; comencé por estudiar latín y después... Dios me iluminó para quedarme aquí siempre...



Vista parcial del Monasterio de Montserrat, desde una de las ventanas del edificio

—¿Y está usted satisfecho?...

—Satisfechísimo. Si mil vidas tuviese, mil vidas dedicaría á Dios en la misma forma que lo he hecho.

—¿Y aquí les visitan á ustedes sus familias?...

—Aquí recibimos la visita de todo el mundo... Es decir, señoras no pueden entrar; ¡sólo la Reina!

—Y de alimentación, ¿se cuidan ustedes bien?

—Comemos de vigilia todo el año, y sin embargo, fíjese usted qué buen color tengo. Usted, en cambio, está pálido... Esa vida que hará...

—Una vida un poco funesta, padre, pero bastante más *vida* que la que hace usted... ¡Veinti-

tres años metido aquí en las entrañas de la Naturaleza; enterrado en vida; sin peligros, sin zozobras, sin inquietudes, sin... amores! ¡Por Dios, padre!...

El abad sonrió dulcemente.

—¡Oh! no diga eso, no diga eso, hijo mío. Desde aquí estamos más cerca de Dios que desde el mundo atropellado en que usted vive, porque, aunque Dios está en todas partes, quien más se consagra á él, más cerca le siente... Además, vivir aquí para nosotros los religiosos, constituye un deleite... Yo me moriría de pena si me sacaran de mis montañas de Montserrat.

Y como el místico era muy simpático, yo me atreví á decirle mi pensamiento en voz alta.

—No lo comprendo, padre. Vivir envuelto siempre en una nube; pasar por la vida sin vivirla intensamente... ¿Qué hacen ustedes aquí?... Vegetar como plantas silvestres. ¿No le da á usted pena de morir así?

El abad tuvo un momento de confusión... Campúa y Ratner refan.

—¡Oh! ¡Usted está loco!...— me dijo—. Pero esté seguro de que no le tomo en cuenta lo que me dice.

—Es que la vida mundanal es tan bella y hay tanta mujer hermosa...

—Nosotros olvidamos lo humano para consagrarnos á lo divino; no puedo, pues, hablar con usted en ese terreno. Si usted se compromete á estar á mi lado haciendo la vida que yo hago todo un día, yo respondo de que á pesar de sus desvíos, *El Caballero Audaz* se quedaría aquí entre nosotros para siempre...

Y el curita reía beatíficamente.

—¿Sabe usted lo que siento, padre?—le repuse yo.

—¿El qué?...

—Que sea sacerdote.

—¿Por qué, hijo mío?...

—Porque es usted muy simpático, muy culto, y de no ser sacerdote, desde este momento sería usted amigo mío y viviríamos la vida juntos...

Habíamos llegado á la fábrica de licores... Allí el prior nos obsequió con unas botellas. Cuando terminamos el coloquio con el religioso era ya casi noche... Encantados de su amabilidad abandonamos el Monasterio.

—¿Sabes que no me disgustaría á mí quedarme aquí para siempre?—murmuró Campúa.



Una de las bodegas de licores, en el Monasterio de Montserrat

POST. CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ





AMANE CER

El alba pone una suavidad blanquecina
en los cristales... Llama muy quedo en los cristales.
—Despierta, amor, despierta.—En los lindos rosales
la escarcha ha ido dejando su gracia cristalina.

Tienes las manos frías y la encendida rosa
de tu boca ha perdido el color. Y da frío
mirar, desde la tibia estancia, el parque umbrío
que aclara la primera claridad temblorosa.

Aún parece que hay sueño flotando en el ambiente,
aún parece que todo duerme en el aposento;
el frío sus puñales afila sutilmente.

Entre el pálido velo de la bruma indecisa
el esquilón humilde del vecino convento
suena débil, llamando á la primera misa...

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

CÁMARA FTD

JOSÉ DE URQUÍA

A caso lo que caracteriza de más ostensible modo el arte de nuestros dibujantes es la obsesión decorativa, el esfuerzo de hallar arabescos unidos de gracia, armonías palpitantes de sensualidades coloristas, composiciones que formen una sinfonía pictórica, rica en nuevos motivos.

Dentro de esta laudable aspiración, que no puede responder más afirmativamente al primer principio de la estética, los modernos dibujantes españoles procuran educar su sensibilidad y perfeccionar su técnica con una simultaneidad de entusiasmos, profundizando, ahondando en las revelaciones que antes fueron mudos secretos para sus antecesores.

De este modo, aun partiendo de influencias semejantes, aun ligados por el nexo común del buen gusto, del refinamiento, los artistas españoles muestran sus personalidades claramente definidas e inconfundibles. Jamás ha tenido nuestro arte editorial tan diversas manifestaciones donde elegir. Cada temperamento ofrece individual y característica su obra. Cada espíritu erige su obra destacada y al mismo tiempo constitutiva de la total armonía.

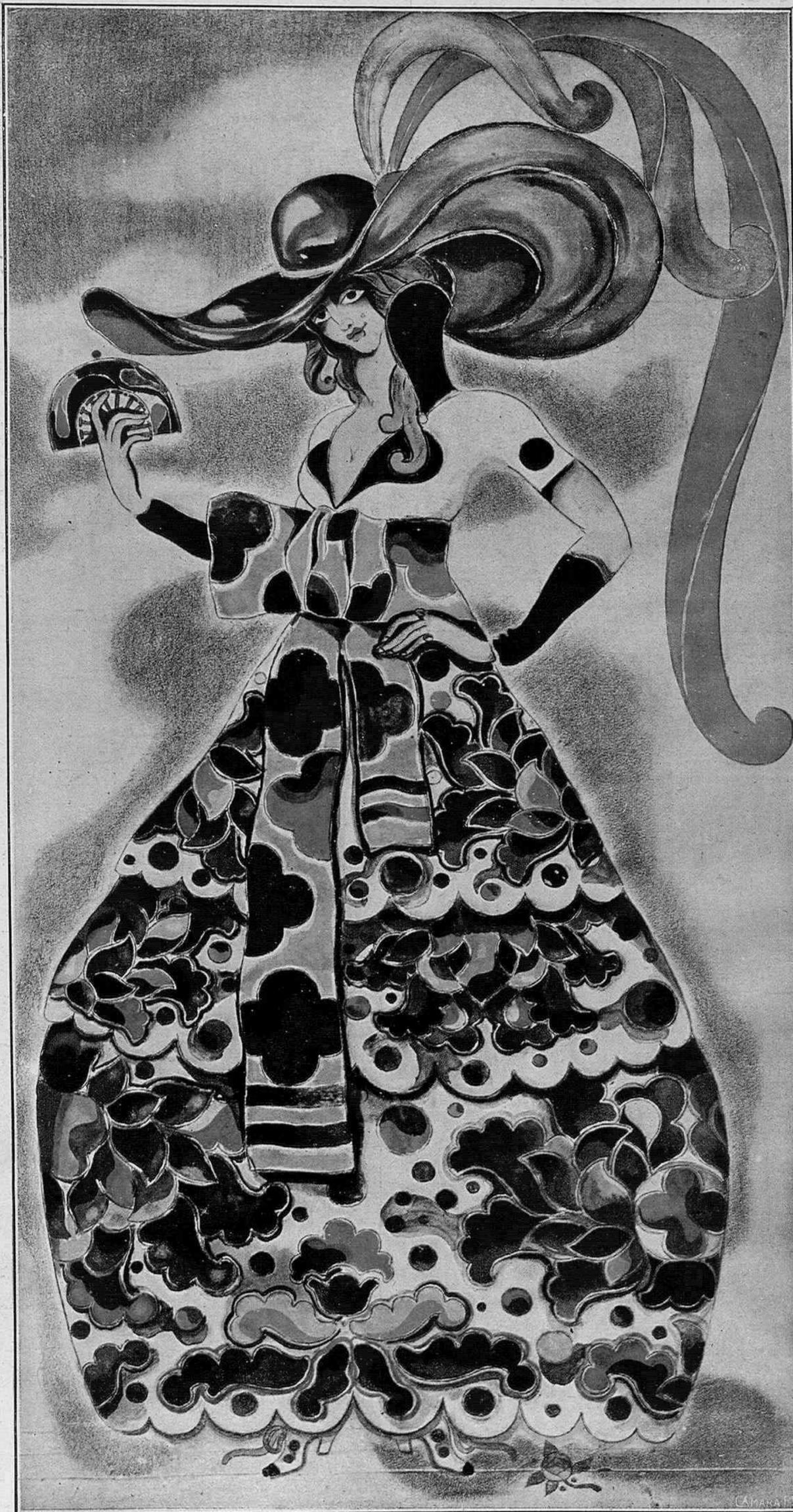
¿Pueden, por ejemplo, confundirse los dibujos de Bartolozzi con los de Cerezo Vallejo; los de Echea con los de Bujados, los de Alcalá del Olmo con los de Penagos; los de Ribas con los de Ochoa; los de Manchón con los de Ramírez; los de Zamora con los de Vivanco? Y hemos citado solamente los de artistas que están al frente de sus compañeros, los que ya tienen un prestigio sólido e inatacable.

Pero—repetimos—todos ellos exaltan su espiritualidad hacia un deseo colectivo de elegancia, de buen gusto, de quintaesencia decorativas, de aparentes arbitrariedades que responden a efectivas leyes lineales y cromáticas, aprendidas en las escuelas orientales de otro tiempo.

He aquí el secreto de los refinamientos actuales. Moldear sobre los perdurables ritmos y gamas preteritas las inquietudes y las formas de hoy. Fundir civilizaciones y añadir a las guirnaldas inmovilizadas en pétreos frisos, en ondulantes telas, en policromos muros ó simplemente en joyas y objetos suntuarios las rosas de ahora, recién cortadas en el frondoso y poliflorido jardín de modernos dibujantes españoles.

ooo

Otro nuevo se aparece dotado de positivas cualidades para el triunfo. Nuevo, ignorado todavía por una fuerte hurañez desconfiada de las fáciles confusiones, reconcentrado y complacido en sí mismo,



“Capricho”, dibujo original de José de Urquía

realizando el arte rodeado por los silencios fecundos y propicios.

¿Cuánto tiempo hace que el artista trabaja obstinado en su ineditismo? Tal vez siete, seis años, sin prisas, sin desalientos, en un comprensible orgullo de pasar inadvertido, viendo cómo se formaban y deshacían reputaciones; cómo parecían extravagancias sin antecedentes lo que ya en él se había depurado dentro de más clásicos cánones, después de las piruetas progresivas, contemplando resucitar en las mujeres románticas indumentos de ayer y galas más antiguas aún, de la abuela Asia, que ya él en sus dibujos inéditos se había complacido en evocar.

Alternando con estas mujeres extrañas, contorsionadas en, al parecer, en inverosímiles actitudes y sonrientes bajo sus sombreros *incroyables* del primer imperio y sus faldas que tan pronto parecen pomposos guardainfantes velazqueños como paniers floridos de los bellos viajes citéreos á lo Watteau, como rayas de castellanas tierras, el artista iba también, cual un hagiógrafo medioeval, pintando pergaminos que nadie vea por conservarles su silencioso encanto de voluntario misterio.

Ya es hora de que digamos el nombre de este artista que ha sabido resistir las acometidas de la vanidad lógica y del justo exhibicionismo. Se llama José de Urquía, y antes que sus obras propias le ha hecho popular su revista *La Novela Corta*, que ha fundado y dirige.

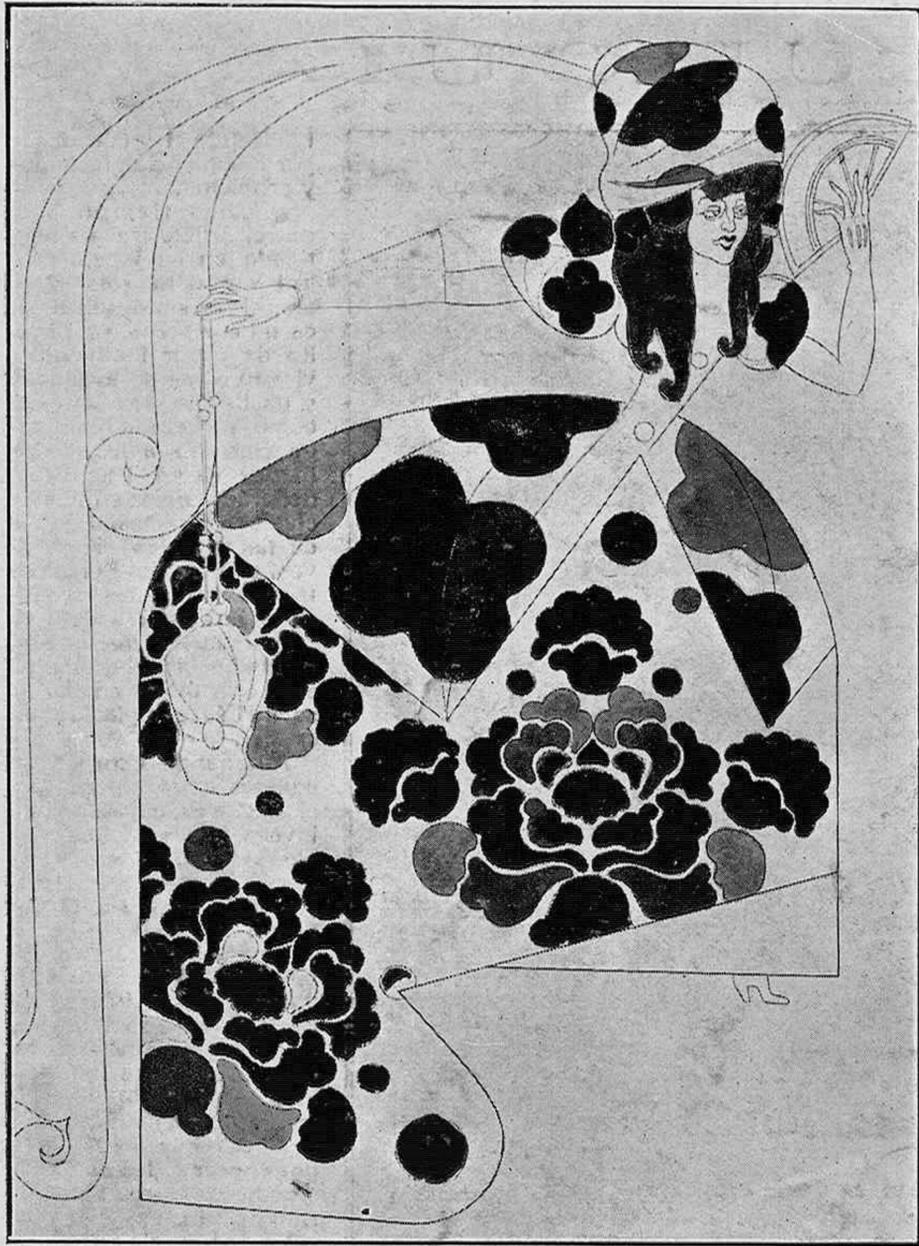
A otro podría enorgullecerle ese triunfo editorial. A José de Urquía—naturalmente—no. Satisface con ello un generoso propósito, pero nada más.

Lo importante, lo interesante de su arte, su literatura propias. Porque también es escritor. Un escritor vigoroso, de raza netamente española, cuajado en credos enérgicos y dotado de un estilo fulgurante. Hace varios años colaboró asiduamente en los periódicos diarios; después volvió á recluirse con sus cartones, sus cajas de acuarelas, sus compases de delineante, sus pergaminos destinados á exuberantes fantasías coloristas, y, sobre todo, su imaginación empavesada de pensamientos como una nave de tajante prosa con rumbo á playas soñadas...

ooo

En geométricas formas encierra José de Urquía su inspiración de artista decorador. Triángulos, rectángulos, esferas, rombos, conos, cuadrados, estrellas y pirámides constituyen no solamente los adornos de los femeninos trajes, sino que siguen las líneas rectas ó curvas de las

BIBLIOTECA



"La dama del abanico"



"Mussette"

femeniles siluetas. A primera vista estos dibujos de Urquía parecen cartones de ensayo de un ceramista, de un glíptico ó de un moderno mago de la vidriera artística. Luego concretando más nuestra mirada, vemos que estas líneas sutiles, finísimas, apenas perceptibles por la tiránica visualidad de rosetones, grecas y trozos de mosaicos coloristas, van contorneando frágiles figuras de encantadoras mujercitas. Las telas de sus faldas, las cintas de sus sombreros,

los adornos de sus corpiños, incluso sus cabelleras ondulantes, dan pretextos graciosos á la fantasía para caprichos lineales que entusiasmarían á un geómetra y para gamas armoniosas que extasiarían á un hijo de Oriente. Es preciso despojarnos del cotidiano convencionalismo, poner pantallas de quimera á los mortales ojos y prescindir de lo que vemos en las mujeres, para pensar en lo que nos sugiere. De este modo los dibujos de Urquía adquieren una solidez y una posibilidad maravillosas.

Sin embargo, ya hemos dicho que estas figulinas decorativas, sugeridoras de un sibaritismo de la línea muy profundo, no constituyen el único aspecto del arte de José de Urquía. Tal vez sean el proemio de su obra, el punto de

partida para llegar á la verdadera manifestación de su estética: los pergaminos.

Va, como los solitarios monjes de otros siglos, en toda la ubérrima riqueza ornamental de los códices y ejecutorias, giosando ajenas bellezas.

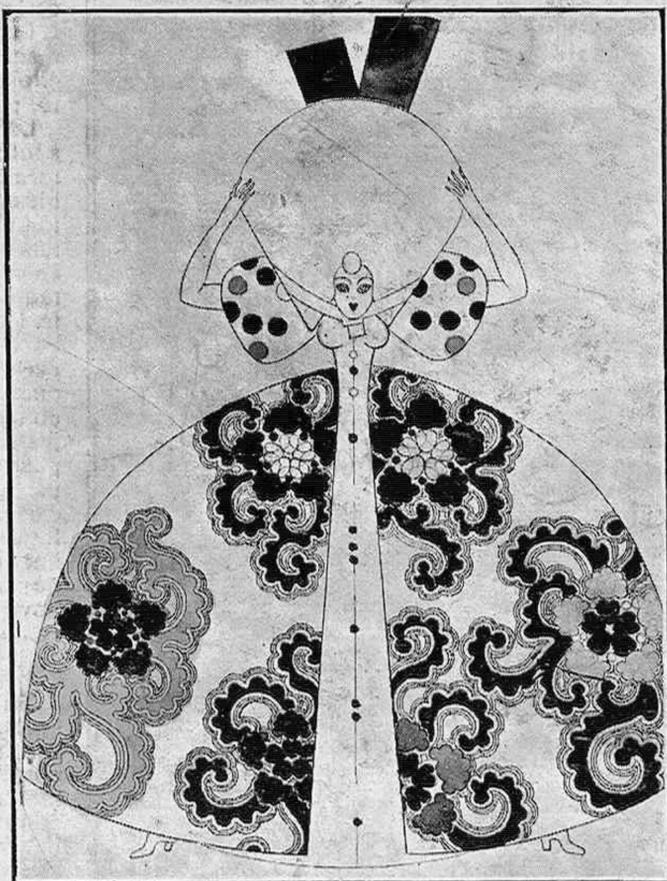
Casi todos los pergaminos de José de Urquía están consagrados á comentar novelas, dramas ó poesías de sendos autores contemporáneos.

Nada tan interesante como ver en esas obras admirables, reflejadas las otras ajenas á través de un temperamento agudísimo, y de una visión intelectual muy penetrante.

Tiene pensado José de Urquía celebrar muy pronto una exposición de dibujos y pergaminos.

Reservemos para entonces un más detenido examen de ellos.

Ahora sólo quería LA ESFERA dar la bienvenida á un artista realmente original y capaz de unirse con sus propios talentos á la brillante pléyade de Bujados, Bartolozzi, Echea, Zamora, Penagos, Cerezo Vallejo, Manchón, Ochoa, Ribas, Alcalá del Olmo, Ramírez, Vivanco, etc., verdadero orgullo de la prensa ilustrada española.



"Siglo XVIII"



"La carta de amor"

(Dibujos de José de Urquía)

SILVIO LAGO

INCENDIO EN UNA IGLESIA



ALTAR MAYOR Y CAMARÍN DE LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS, PATRONA DE GRANADA, EN EL QUE SE DECLARÓ EL DÍA 26 DE JULIO UN INCENDIO QUE CAUSÓ GRANDES DESTROZOS, SIENDO SALVADA LA IMAGEN SIN QUE SUFRIERA DETERIORO ALGUNO

FOT. TORRES MOLINA

DE
BIBLIOTECA
MADRID

CÁMARA-FOTO

DE NORTE A SUR

Ante unos dibujos de Gerda Wegener

No es frecuente el caso de una mujer caricaturista, en la amplia y verdadera significación del vocablo. Tan poco frecuente, que al encontrarnos con Gerda Wegener, queremos recordar precedentes y los precedentes no existen.

Porque una dibujante yankí y otra argentina, que ambas se dedican á la caricatura personalista, á reproducir con más ó menos carácter á gentes conocidas, no pueden considerarse como antecesoras de Gerda Wegener.

Aun dentro de la pintura y de la escultura, artes que pueden derivar lo mismo hacia los asuntos plácidos y sentimentales que inclinarse á la orientación de las ideas revolucionarias ó de áspero realismo, la mujer no puede competir con el hombre. Podríais citarme muchos nombres de pintoras y algunos de escultoras; pero ninguno de ellos respondería á una obra fuerte, vigorosa, capaz de hermanar la complacencia estética con el perfeccionamiento ético.

¿Cómo ha de intentar la mujer este otro arte de la caricatura, que exige una acometividad fría y serena, una rebeldía en la que se han dominado los defectos del instinto, una audacia no impulsiva, sino reflexiva?

No se trata, dentro de la verdadera misión del caricaturista, de ironías maliciosas detrás de los abanicos, ni de hacer seres grotescos por medio de ingenuas deformaciones, ó de concebir aquellas ingenuas historietas en seis ú ocho viñetas para obtener la risa bonachona de los contemporáneos de William Busch y Oberländer.

La caricatura, en los países no amordazados y no desorientados por un falso concepto de las ideas conservadoras como España, responde ahora á la eterna inspiración demoleadora.

Gritan en ella los indefensos y los humildes, se agitan los lápices como banderas de mofín y los chatos tarretes de *gouache* parecen explotar como bombas incendiarias. No quiere decirse, sin embargo, que el caricaturista sea siempre un peligro social en el sentido que los menos dan á las justas y legítimas aspiraciones de los más.

Es un hombre que, colocado frente á la vida, la busca sus defectos y se los arroja á la cara, sonriendo.

Veán los demás aquellos aspectos felices y agradables. Exalten los que su conveniencia individual y á veces los intereses colectivos sugiere semejante exaltación. Mientan á sabiendas



SERENIDAD
—¿Que hace calor en el frente? ¡También á nosotros nos suda la frente y no nos quejamos!
(Dibujo de Gerda Wegener.)

los políticos, canten los poetas y deténganse los pintores en las externas bellezas coloristas sin penetrar en la entraña de su raza. Todos ellos podrán ser elementos representativos ó simbólicos de la patria. Pero sólo el caricaturista habrá llegado hasta el corazón para fortificar su funcionamiento, y habrá acercado á las llagas—que los otros consideran pintorescas ó reproductivas—el hierro candente, y habrá arrancado el rubor de sus propias faltas al rostro que estaba acostumbrado á ruborizarse por las ajenas.

Nada parece respetable para el caricaturista. Diríase que sus ojos ven los seres y las cosas á través de unos lentes deformativos y que en su alma se secaron las fuentes de la sensibilidad. Ve pasar los hombres colocados más altos y los ridiculiza; contempla los ideales que parecen más afirmativos y les niega con una chanzoneta; cambia la mujer hermosa en un monstruo; allí donde los demás seres contemporáneos se arrodillan, él hace una pirueta burlona y mientras la hipocresía humana inventa hojas de parra para los pensamientos demasiado puros y la coquetería femenina trajes complicados é indumentos voluptuosos, el caricaturista desgarrar las frentes para dejar en toda su brillantez natural á las ideas y se complace en dibujar mujeres desnudas que enfurecen á los fiscales y amontonan pliegos sobre pliegos de papel sellado. Y sin embargo, significa—con ser ya mucho esta significación—algo más que un hombre armado solamente de un lapicero y una carpeta contra miles de contemporáneos suyos que tienen los ejércitos, la justicia, las cárceles y los manicomios á su disposición.

Con ser tan gallarda esta gentil actitud de un David frente á varios nietos de Goliath, todavía se pueden hallar más excelencias al caricaturista.

Desde luego su propósito renovador. El ridículo es un arma terrible y con coplas satíricas y satíricos dibujos se han hecho revoluciones, han caído dinastías y los hombres se acostumbraron á la nobleza del espíritu y á la belleza corporal.

Esta afirmación adquiere plenitud de seguridad cuando vemos que lentamente, traidoramente, después de la contemplación de las obras de un caricaturista se ha ido adueñando de nosotros una tibia vaguedad sentimental y que el cielo nos ha imantado los ojos y que á la boca han subido palabras de bondad y de resignada quietud. ¡Tanta y tan sutil es la piedad que estos

maestros de la alegría y de la sátira ponen en sus lápices y en sus plumas!

La guerra que ha revelado al caricaturista Luis Raemaekers, ha revelado también á la caricaturista Gerda Wegener.

Ha nacido, como Raemaekers, bajo otros cielos que los de naciones hoy en guerra.

Raemaekers, holandés, ha sido amonestado por el gobierno de su patria porque ponía en peligro la neutralidad oficial con sus dibujos aliadófilos. Gerda Wegener, dinamarquesa, ha logrado el mismo honor.

Los primeros dibujos que ví de Gerda Wegener en semanarios franceses, me sorprendieron. De una agresividad viril en la intención y de una refinadísima elegancia en la forma, responden plenamente al concepto que hemos formado de la moderna caricatura.

Los modernos humoristas son, antes que nada, portentosos dibujantes, y dominan los secretos del color como los pintores.

Lo que al principio imaginamos que era solamente capricho pictórico, cumplía con la misión redentora de los inadaptados. Y también era el caso de un terrible agitador de ideales se enamorada de un asunto ingenuo ó frívolo, y ofrecía el lirio de su alma sin los espinosos cardos que le cercan.

Tal es el caso de Gerda Wegener. Esta artista, compatriota del príncipe pálido y taciturno, vive en París y París la ha coronado de rosas y le ha dado la norma de lánguidas exquisiteces. Sus páginas de *Fantasio*, de *La Baïonette*, de *Le Rire*, son de un *chic* y de una firmeza extraordinarios. Creímos al principio que detrás de ese nombre, tan del Norte de Europa, se ocultaba un habilísimo dibujante educado en la galantería y frivolidad del París *avant guerre*.

No es así por fortuna. Gerda Wegener existe realmente. Está casada con un escritor dinamarqués también como ella, de origen y nacionalidad. Vive en Francia hace muchos años; desde Francia colaboraba en los semanarios ilustrados de su patria y de cuando en cuando en los parisienses.

La guerra ha hecho más asidua su colaboración. Constantemente el nombre de Gerda Wegener se asoma al pie de unas páginas encantadoras donde, por primera vez, una mujer triunfa plenamente en el arte de la caricatura, dentro de la significación valiente y enérgica que tiene la sátira dibujada.

José FRANCÉS



Viento en la playa



La canción de Primavera